

SOCIALISMO Y DEMOCRACIA

Un análisis histórico



A. PRZEWORSKI

SECRETARIA DE FORMACIÓ DEL P.S.C. (PSC-PSOE)

SOCIALISMO Y DEMOCRACIA

Un análisis histórico

A. PRZEWORSKI

BARCELONA 1984



Rosselló, 229 3^{er} 1^o Barcelona-7 Tel. 237 41 12

R. 176

Y UNIFICACIÓN

Editado por la Secretaría de Formación
del Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC-PSOE)
Setiembre de 1984

Impreso en CopiArt, S.A. - Villarroel, 81 - 08011 Barcelona
Depósito legal: B-28.770/84

Para no repetir errores pasados: el resurgimiento repentino de un interés por la socialdemocracia es una reacción a la urgente necesidad de obtener lecciones de la historia del movimiento socialista. Después de varias décadas de análisis dignos de un avestruz, algunos hechos rudimentarios están, finalmente, siendo admitidos. La socialdemocracia ha sido el modo prevalente de la organización de los obreros bajo el capitalismo. Los partidos reformistas han gozado del apoyo de los trabajadores. Quizá todavía más: para bien o para mal la socialdemocracia es la única fuerza política de la izquierda que puede exhibir una extensa serie de reformas en favor de los obreros. Cualquier movimiento que pretenda transformar las condiciones históricas opera bajo esas mismas condiciones. El movimiento en pro del socialismo se desarrolla en el seno del capitalismo y se enfrenta a opciones definidas que se originan en la organización de esta sociedad. Estas opciones han sido de tres tipos: 1) buscar el progreso del socialismo por medio de las instituciones políticas de la sociedad capitalista, o bien enfrentarse a la burguesía directamente, sin mediación alguna; 2) buscar el agente de la transformación socialista en la clase obrera exclusivamente, o apoyarse en una ayuda múltiple e incluso de fuera de la clase, y 3) buscar mejoras, reformas, dentro de los confines del capitalismo o dedicar todos los esfuerzos y energías a su completa transformación.

Alianzas interclasistas y reformismo

Los socialdemócratas escogen participar, buscar alianzas fuera de la clase, y luchar por las reformas. Sin embargo, estas decisiones no son independientes entre sí. Lo que es crucial comprender es el desarrollo de la democracia social como un proceso: la manera en que la reacción a cualquiera de esas alternativas abre y cierra las opciones subsiguientes. Pues puede ser que cualquier movimiento que elija participar en las instituciones burguesas, y específicamente en las elecciones, deba buscar el apoyo para la transformación socialista más allá de la clase obrera, y deba luchar por todas las mejoras que sean posibles a corto plazo, sin consideración a las consecuencias últimas. ¿Están las decisiones de participar y la estrategia de apelar fuera de la clase conectadas inextricablemente? ¿Es la orientación hacia las reformas inmediatas una consecuencia necesaria de la ampliación de la base de clase? ¿Es incluso posible un partido electoral basado sólo en el apoyo de la clase obrera y dedicado en exclusiva a la consecución de objetivos últimos? Este es el tipo de cuestiones que necesitan respuesta si tenemos que obtener lecciones de la experiencia socialdemócrata. Lo que necesitamos saber es la lógica de las opciones a que se enfrenta cualquier movimiento por el socialismo en el seno de la sociedad capitalista: las posibilidades históricas que quedan abiertas y cerradas cuando se hace una elección.

La decisión de participar

La razón por la que la participación en la política burguesa no ha cesado nunca de provocar controversia es que el acto mismo de «tomar parte» en este sistema da forma al movimiento por el socialismo y a su relación con los obreros como una clase. La cuestión recurrente es si la participación en las instituciones burguesas puede resultar en socialismo, o si reforzará el orden capitalista. ¿Es posible que el movimiento socialista encuentre un paso entre los «dos arrecifes» señalados por Rosa Luxemburg, a saber, el «abandono del carácter de masa o el abandono de los objetivos finales?»⁽¹⁾. La participación en la política electoral es necesaria si el movimiento por el socialismo tiene que encontrar un apoyo masivo entre los trabajadores, y, sin embargo, esta participación parece obstruir el logro de objetivos finales. Trabajar para hoy y trabajar hacia el mañana se nos aparece como las contrastantes alternativas de un dilema.

La participación imprime una estructura particular a la organización de los obreros como una clase. Estos efectos de la participación sobre las relaciones

internas de clase han sido analizados por Luxemburg: «La división entre lucha política y lucha económica y su separación no es sino un producto artificial, incluso comprensible históricamente, del método parlamentario. Por una parte, en el desarrollo pacífico, 'normal' para la sociedad burguesa, la lucha económica está fraccionada, disgregada en una multitud de luchas parciales limitadas a cada empresa, a cada rama de la producción. Por la otra parte, la lucha política está conducida no por las masas a través de la acción directa, sino, en conformidad con las estructuras del estado burgués, a la manera representativa, por la presión ejercida sobre el cuerpo legislativo»⁽²⁾.

El primer efecto de «la estructura del estado burgués» es, así, que los asalariados son formados como una clase en un número de organizaciones independientes, con frecuencia competidoras, lo más a menudo como sindicatos y partidos políticos, pero también como cooperativas, asociaciones vecinales, clubes, etcétera. Un rasgo característico de la democracia capitalista es la individualización de las relaciones de clase al nivel de la política y la ideología⁽³⁾. Capitalistas o asalariados dentro del sistema de producción, aparecen todos en política como «individuos» indiferenciados, como «ciudadanos». De aquí que, incluso si un partido político acierta a formar una clase en el terreno de las instituciones políticas, las organizaciones políticas y las económicas no coinciden nunca. Una multiplicidad de sindicatos y partidos representan intereses diferentes y compiten unos con otros.

Además, mientras que la base de clase de los sindicatos está confinada a aquellos que están más o menos permanentemente empleados, los partidos políticos que organizan a los asalariados tienen también que movilizar a personas que no son miembros de sindicatos. De aquí que exista una tensión permanente entre los intereses, más estrechos, de los sindicatos, y los más amplios representados por los partidos⁽⁴⁾.

El segundo efecto es que las relaciones dentro de la clase se estructuran como relaciones de representación. El parlamento es una institución representativa: sienta a individuos, no a masas. Una relación de representación se le impone así a la clase por la naturaleza misma de las instituciones democráticas capitalistas. Las masas no actúan directamente en defensa de sus intereses; delegan esta defensa. Esto es verdad, tanto de los sindicatos como de los partidos: el proceso de la negociación colectiva está tan distante de la experiencia diaria de las masas como lo están las elecciones. Los líderes se vuelven representantes. Masas representadas por líderes: es el modo de organización de la clase obrera en el seno de las instituciones capitalistas. De esta manera, la participación desmoviliza a las masas.

El dilema organizativo se extiende más lejos. La lucha por el socialismo resulta inevitablemente en el *embourgeoisement* del movimiento socialista: esto es el quid del análisis clásico de Robert Miché. La lucha requiere organización; exige un aparato permanente, una burocracia asalariada; pide que el movimiento se aplique a actividades económicas propias. De aquí que los militantes socialistas se vuelvan, inevitablemente, burócratas, directores de periódicos, administradores de compañías de seguros, directores de funerarias, incluso *Parteibudiger*, regentadores de un bar del partido. Todas éstas son ocupaciones pequeño burguesas. «Imprimen», concluyó Miché, «... una estampa marcada-mente pequeño burguesa»⁽⁵⁾. Como escribió recientemente un disidente francés, «la clase obrera está perdida en la administración de sus imaginarios bastiones.

Camaradas disfrazados de notables se ocupan de la basura municipal y de las cafeterías de las escuelas. ¿O están estos notables disfrazados de camaradas? Ya no lo sé»⁽⁶⁾.

Tácticas legales y extraparlamentarias

Un partido que participa en elecciones debe renunciar a algunas tácticas alternativas: éste es el dilema táctico frecuentemente diagnosticado. Mientras los obreros no tuvieron plenos derechos políticos, no era necesaria la elección entre tácticas parlamentarias o insurreccionarias. En realidad, los derechos políticos podían ser conquistados por aquéllos que no los tenían, solamente por medio de actividades extraparlamentarias. César de Paepe, el fundador del *Parti Socialiste Brabançon*, escribió en 1877 que, «al usar nuestro derecho constitucional y los medios legales a nuestra disposición, no renunciamos al derecho a la revolución»⁽⁷⁾. Esta declaración tuvo eco frecuente, notablemente en Engels, en 1895. Alex Danielsson, un socialista sueco de izquierda, mantuvo en vena más pragmática, que los socialdemócratas no deberían comprometerse con «un dogma con respecto a tácticas que ligarían al partido a actuar, según la misma rutina, bajo todas las circunstancias»⁽⁸⁾. No fue puesto en cuestión que la huelga masiva debería ser utilizada para alcanzar el sufragio universal (que significaba masculino), y ambos, los partidos sueco y belga, dirigieron con éxito huelgas de masas que dieron lugar a la extensión del sufragio.

Sin embargo, tan pronto fue obtenido el sufragio universal, tuvo que llevarse a cabo la elección entre las tácticas «legales» y las «extraparlamentarias». J. M. Gurk, presidente del partido laborista, lo dijo agudamente en 1919: «Somos constitucionalistas o no lo somos. Si lo somos, si creemos en la eficacia del arma política (y creemos, o si no, ¿para qué tenemos un partido laborista?) entonces no es ni sabio ni democrático, porque no obtenemos una mayoría en las urnas con la que volvemos y exigir la sustitución de la acción industrial»⁽⁹⁾. La vuelta de la marea en las tácticas de varios partidos tuvo lugar después del fracaso de huelgas generales organizadas entorno a cuestiones económicas. Mientras que las huelgas orientadas al sufragio habían sido generalmente exitosas, las desencadenadas por cuestiones económicas terminaron en desastres políticos, en Bélgica, 1910⁽¹⁰⁾; Suecia, en 1909⁽¹¹⁾; Francia, en 1920⁽¹²⁾; Noruega, en 1921⁽¹³⁾, y Gran Bretaña, en 1926⁽¹⁴⁾. Todas estas huelgas fueron derrotadas; después de las mismas los números sindicalistas fueron diezmos y fue aprobada una legislación represiva. Estas experiencias comunes de derrota y represión fueron la causa de que los partidos socialistas se orientaran hacia casi un exclusivo apoyo en las tácticas electorales. La participación electoral era necesaria para proteger el movimiento contra la represión: ésta fue la lección derivada por los líderes socialistas. Como escribiera Kautsky, ya en 1881, «la lucha económica exige derechos políticos y éstos no nos lloverán del cielo»⁽¹⁵⁾.

Para obtener votos no sólo obreros —particularmente de la pequeña burguesía—, para formar alianzas y coaliciones, para administrar el gobierno e interés de los trabajadores, un partido no puede aparecer como «irresponsable»,

no puede producir la impresión de falta de entusiasmo en su compromiso con las reglas y los límites del juego parlamentario. A veces, el partido debe incluso frenar a sus propios seguidores, impedirles acciones que podían hacer peligrar el progreso electoral. Además, un partido orientado hacia mejoras parciales, un partido en que los líderes-representantes conducen un estilo de vida pequeño burgués, un partido que durante años se ha retraído de las calles, no puede «verter por el agujero en las trincheras», como dijo Gramsci, incluso cuando esta brecha está forjada por una crisis. «El problema de la izquierda revolucionaria en sociedades industriales estables», observó Eric Hobsbawm, «no es que sus oportunidades nunca llegaron, sino que las condiciones normales en las que tiene que operar le impiden desarrollar los movimientos que podrían aprovechar los raros momentos en que son llamados, para comportarse como revolucionarios... Ser un revolucionario en países como el nuestro es sencillamente difícil»⁽¹⁶⁾.

Democracia burguesa o democracia social

Este dilema se hizo incluso más agudo cuando la democracia —la democracia representativa característica de la sociedad burguesa— dejó de ser meramente una táctica y fue abrazada como el principio básico de la sociedad socialista futura. Los partidos socialdemócratas reconocieron en la democracia política un valor que trasciende diferentes formas de organización de la producción. Según Jean Jaurès: «El triunfo del socialismo no será una ruptura con la Revolución Francesa, sino el cumplimiento de la misma, en nuevas condiciones económicas»⁽¹⁷⁾. Eduard Bernstein vio en el socialismo simplemente «la democracia llevada a su conclusión lógica»⁽¹⁸⁾. Y desde entonces el tema recurrente de la democracia social ha sido precisamente la noción de «ampliar» el principio democrático de lo político a lo social, en realidad principalmente al reino de lo económico. La democracia representativa se convirtió para los socialdemócratas simultáneamente en los medios y en el objetivo, en el vehículo para el socialismo y en la forma política de la sociedad socialista futura; simultáneamente la estrategia y el programa, instrumental y prefigurativo⁽¹⁹⁾.

Este compromiso hizo, sin embargo, incluso más crucial la cuestión de si, como dijo Harold Laski, la democracia capitalista «permitirá a su electorado caer en el socialismo a causa del accidente de un veredicto en las urnas»⁽²⁰⁾. La reserva más importante hacia un compromiso exclusivo con el electoralismo procedió de la tenue naturaleza de la legalidad burguesa. Poco ganaremos interpretando y reinterpretando cada palabra escrita por Marx sobre la democracia burguesa por la simple razón de que el mismo Marx, y los que dirigieron los partidos recientemente fundados a las batallas electorales, no estaban bastante seguros de qué esperar de la competición electoral. La cuestión principal —que la historia nunca resolvió, porque no puede ser resuelta de una vez por todas—, fue si la burguesía respetaría su propio orden legal en caso de un triunfo electoral del socialismo. Si el socialismo utilizara la institución del sufragio —establecida por la burguesía en su lucha contra el absolutismo— para ganar elecciones y para legislar una sociedad hacia el socialismo, ¿revertiría la

burguesía a medios ilegales para defender sus intereses? Es lo que ocurrió en Francia en 1851, y parecía probable que volviera a ocurrir. Pero en varias ocasiones Marx entrevió la posibilidad de que en Inglaterra u Holanda no se produciría la contrarrevolución si los obreros se hicieran con la mayoría parlamentaria. Así, la cuestión esencial a la que se enfrentaban los partidos socialistas era si, como dijo Hjalmar Branting en 1886, «la clase alta respetaría la voluntad popular incluso cuando pidiera la abolición de sus propios privilegios»⁽²¹⁾. Sterky, el dirigente del ala izquierda del partido sueco, fue uno de los que adoptaron un punto de vista claramente negativo: «Supongamos que... la clase obrera pudiera enviar una mayoría a la legislatura; ni de este modo podría obtener el poder. Podemos estar seguros de que la clase capitalista se cuidaría entonces de no seguir el curso parlamentario, sino que recurriría a las bayonetas»⁽²²⁾. Ésta fue la posición defendida más tarde (en 1900) por Luxemburg⁽²³⁾. Nadie podía estar completamente seguro; según Salvadori, Kautsky vaciló cada vez que se aproximó a la cuestión⁽²⁴⁾. Los socialistas austriacos prometieron en su programa de Linz, de 1926, «gobernar de acuerdo estricto con las reglas del estado democrático», pero todavía se sintieron obligados a advertir que «si la burguesía, boicoteando las fuerzas revolucionarias, intenta obstruir el cambio social que el movimiento laborista se compromete a efectuar, al asumir el poder, entonces la democracia social se verá obligada a emplear medios dictatoriales para romper esta resistencia»⁽²⁵⁾. La duda principal en lo relativo a la participación electoral era si la revolución no sería necesaria en cualquier caso, como dijo Augusto Bebel en 1905, «como medida puramente defensiva, destinada a salvaguardar el ejercicio del poder, legítimamente adquirido por medio del voto»⁽²⁶⁾. Dictadura del proletariado y violencia revolucionaria podrían ser necesarias incluso si el partido se adhería estrictamente a su compromiso electoral. El dualismo táctico no podría ser fácilmente abandonado⁽²⁷⁾.

De aquí que los socialdemócratas se enfrentaran a un dilema, dramatizado por Gay en su biografía de Bernstein. «¿Es entonces imposible el socialismo democrático? ¿O puede ser alcanzado solamente si el partido está dispuesto a abandonar temporalmente el método democrático para obtener el poder por la violencia, en la esperanza de volver al parlamentarismo tan pronto como el control esté asegurado? Ciertamente, esta alternativa contiene posibilidades trágicas: un movimiento democrático que recurre a métodos autoritarios para lograr su objetivo puede que no continúe siendo democrático por mucho tiempo. Todavía, la primera alternativa —adherirse a procedimientos democráticos bajo las circunstancias— puede condenar al partido a una continua impotencia política»⁽²⁸⁾. A pesar de toda la ambivalencia, a pesar de la presión de preocupaciones inmediatas, los socialistas entraron en la política burguesa para ganar elecciones, para obtener un mandato abrumador en pro de transformaciones revolucionarias, y para legislar la sociedad hacia el socialismo. Éste fue su objetivo y su esperanza.

La participación electoral se basaba en la creencia de que la democracia no es sólo necesaria, sino que, además, es suficiente para alcanzar el socialismo. «Si una cosa es cierta», escribió Engels en 1891 (una carta que le causaría un agudo descontento a Lenin), «es que nuestro partido y la clase obrera sólo pueden alcanzar el poder bajo la forma de una república democrática. Ésta es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado»⁽²⁹⁾. Jaurès vio en la democracia «el más grande y más sólido suelo sobre el que pueda situarse la

clase obrera... el lecho de piedra que la burguesía reaccionaria no puede disolver sin abrir fisuras en la tierra y arrojarse a las mismas»⁽³⁰⁾. Millerand fue, como siempre, tremendamente incisivo: «Para llevar a cabo las reformas inmediatas capaces de aliviar la suerte de la clase obrera, y así habilitarla para ganar su propia libertad, y para empezar, como condicionado por la naturaleza de las cosas, la socialización de los medios de producción, es necesario y suficiente que el partido socialista capture el gobierno por medio del sufragio universal»⁽³¹⁾.

La participación de los socialistas en el poder político

Los socialistas entraron en el juego de las elecciones, porque les preocupaban las mejoras inmediatas de las condiciones de la clase obrera. Pero también intervinieron con el propósito de hacer llegar el socialismo. ¿Fue esta divergencia entre causa y propósito un síntoma de racionalización? ¿Fue el pathos de los objetivos finales simplemente una forma de autoengaño?

Estas cuestiones es mejor dejar que las resuelvan los psicólogos. Pero una cosa es cierta. Los que condujeron los partidos socialistas a las batallas electorales creyeron que las clases dominantes podían ser «batidas en su propio juego». Los socialistas estaban profundamente persuadidos de que ganarían la elección, de que obtendrían para el socialismo el apoyo de una abrumadora mayoría. Pusieron todas sus esperanzas y todos sus esfuerzos en la competición electoral, porque estaban seguros de que la victoria estaba al alcance de la mano. Su fortaleza estaba en los números, y las elecciones son una expresión de la fuerza numérica. De aquí que el sufragio universal parecía garantizar la victoria socialista, si no inmediatamente, sí al menos en el futuro cercano. La revolución se haría en las urnas. Entre las muchas expresiones de esta convicción está la llamativa apología de Engels, en 1895: «Los obreros germanos... mostraron a los camaradas en todos los países cómo hacer uso del sufragio universal... Con la exitosa utilización del sufragio universal..., un método enteramente nuevo de lucha proletaria se puso en marcha, y este método rápidamente se desarrolló más allá. Se encontró que las instituciones estatales, en las que el gobierno de la burguesía está organizado, ofrecen a la clase obrera todavía más posibilidades para combatir esas mismas instituciones estatales.» Y Engels profetizó: «Si (el progreso electoral) continúa de esta forma, para fines de siglo... creceremos hasta ser el poder decisivo en el país, ante el cual tendrán que inclinarse los demás poderes, les guste o no»⁽³²⁾.

Los motivos de esta convicción eran teóricos y prácticos. Ya en el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels describieron el socialismo como el movimiento de la «inmensa mayoría»⁽³³⁾. En un artículo de 1850, sobre «The Chartists», en el *Daily Tribune* de Nueva York, y de nuevo en 1867, en el periódico emigrado polaco *Głos Wolny*, Marx repitió que el «sufragio universal es el equivalente del poder político para la clase obrera de Inglaterra, donde el proletariado forma la gran mayoría de la población...»⁽³⁴⁾. *The Class Struggle*, de Kautsky, probablemente la más influyente declaración teórica del movimiento socialista temprano, sostenía que el proletariado constituía ya la clase más numerosa, «en

todos los países civilizados»⁽³⁵⁾. E incluso si las primeras batallas electorales no terminaran en triunfo, incluso si el proletariado no era todavía mayoría, la victoria electoral parecía ser solamente una cuestión de tiempo, porque el capitalismo estaba hinchando las filas del proletariado. El desarrollo de la producción en la factoría y su corolario, la concentración del capital y la tierra, estaban conduciendo rápidamente a la proletarización de artesanos, comerciantes y pequeños propietarios agrícolas. Incluso, «el médico, el abogado, el sacerdote, el poeta, el hombre de ciencia», estaban siendo convertidos en proletarios, según el manifiesto. Este incremento del número de los que vendían su fuerza laboral trabajo por un salario no era accidental, temporal ni reversible: era un rasgo necesario del desarrollo capitalista. De aquí que fuera una cuestión de tiempo antes de que casi todos, «todos, excepto un puñado de explotadores», se convirtieran en proletarios. El socialismo le interesaría a casi todos, y la abrumadora mayoría de la gente expresaría en las urnas su voluntad socialista. Un joven teórico sueco formuló este silogismo del modo siguiente, en 1919: «La lucha por el estado es política. Su resultado es por eso, en muy alta medida, dependiente de la posibilidad abierta a los miembros de la sociedad —cuya proletarización ha sido traída por el proceso capitalista—, de ejercitar su influencia propia sobre las decisiones políticas. Si se logra la democracia, el crecimiento del capitalismo significa una correspondiente movilización de voces *contra* el sistema capitalista mismo. La democracia, en consecuencia, contiene un mecanismo que opera automáticamente, y que eleva la oposición al capitalismo en proporción al desarrollo de éste»⁽³⁶⁾.

En verdad, mientras que esos que luego se hicieron comunistas vieron en la Revolución Rusa la prueba de que una insurrección triunfante es siempre posible, para los socialdemócratas la necesidad de confiar en la insurrección de una minoría quería decir solamente que las condiciones para el socialismo no estaban todavía maduras⁽³⁷⁾. Mientras que Branting, por ejemplo, compartió la primera reacción de Gramsci a la Revolución de Octubre⁽³⁸⁾, cuando sostuvo que «la completa idea desarrollista del socialismo está eliminada en el Bolchevismo», él sacó precisamente la conclusión de que los socialistas deberían esperar hasta que las condiciones maduraran hasta el punto de que una abrumadora mayoría del pueblo expresara electoralmente su voluntad de transformación socialista⁽³⁹⁾. Puesto que estaban completamente persuadidos de que tales condiciones serían traídas por el desarrollo del capitalismo, los socialdemócratas no se dejaron apesadumbrar por los reveses electorales, que significaban, únicamente, que la hora no era todavía llegada. Incluso cuando tuvieron que abandonar el control sobre el gobierno, los socialdemócratas no se sintieron tentados de apresurar el curso de la historia. La historia hablaba por medio del pueblo, y éste en las elecciones, y nadie dudaba de que la historia haría que el pueblo expresara su voluntad de socialismo.

Estas esperanzas, basadas en la convicción sobre el curso futuro de la historia, fueron casi inmediatamente vindicadas por el progreso electoral de los partidos socialistas. El alemán —que Engels proponía como modelo a seguir—, a pesar de años de depresión creció de 125.000 votos en 1871 a 312.000 en 1881; 1.427.000 en 1890, 4.250.400 en vísperas de la primera guerra mundial. En realidad, tan pronto como las leyes antisocialistas se hicieron caducas, el SPD se convirtió, en 1890, en el mayor partido de Alemania, con el 19'7% del voto. Para 1912, contaba con el 34'8%, más del doble que el partido que le seguía. No hay que extrañarse de que Bebel, en 1905, podía hacer «explícita la

amplia asunción de sus compañeros socialistas, según la cual la clase obrera seguiría creciendo y que el partido abrazaría un día la mayor parte de la población...»⁽⁴⁰⁾. Varios partidos hicieron una entrada todavía más espectacular en la arena de los votos. En 1907, los socialdemócratas fineses (finlandeses) obtuvieron la pluralidad, 37%, en la primera elección bajo sufragio universal. Los austríacos ganaron el 21%, después de que el voto masculino se hizo universal, en 1907, el 25'4% en 1911, y la pluralidad del 40'8% en 1919. El *Parti Ouvrier* belga ganó el 13'2% cuando el régimen (censitario) fue abolido en 1894, y se mantuvo creciendo a saltos hasta obtener en 1925 la pluralidad de 39'4%, un éxito que «estimuló sus esperanzas de que la continua industrialización produciría un electorado de clase obrera crecientemente socialista»⁽⁴¹⁾. Incluso en aquellos países donde los primeros pasos no fueron igualmente espectaculares, el progreso electoral parecía inexorable. En los religiosamente politizados Países Bajos, el socialismo marchó a grandes pasos, desde el 3% del voto total en 1896, el 9'5%, 11'2%, 13'9% y 18'5% en 1913. El partido danés obtuvo el 4'9% en 1884, la primera elección en la que intervino, y sólo el 3'5% en 1889; a partir de este momento el partido siempre incrementó su parte del voto, hasta 1935, en que ganó el 46'1%. De nuevo «existía la esperanza general de que, como único partido representante del movimiento obrero, conseguiría el poder por medio de una mayoría absoluta del electorado»⁽⁴²⁾. El partido sueco empezó mansamente, ofreciendo candidatos en listas conjuntas con los liberales; obtuvo el 3'5% en 1902, el 9'5% en 1905, el 14'6% en 1908; saltó al 28'5% en 1911, después de la ampliación del sufragio, y alcanzó el 30'1% y el 36'4% en las dos elecciones sucesivas de 1914; y junto con su vástago de izquierda ganó la pluralidad del voto, 39'1%, en 1917. El partido laborista noruego creció en torno al 5% en cada elección a partir de 1897, cuando obtuvo el 0'6%, y hasta 1915, en que alcanzó el 32'1%.

La práctica estaba confirmando la teoría. De elección a elección las fuerzas del socialismo crecían en tamaño. Cada ronda era un nuevo éxito. De unos pocos miles, en el mejor de los casos, durante los primeros difíciles momentos, los socialistas vieron como su electorado alcanzaba un número de millones. El progreso parecía inexorable; la mayoría, y el mandato socialista que encarnaba, era sólo cuestión de unos cuantos años, estaba a la distancia de un par de elecciones. Otro esfuerzo y la humanidad entraría en una nueva era por la expresión abrumadora de la voluntad popular. «Estoy convencido», dijo Bebel en el Congreso de Erfurt, «de que el cumplimiento de nuestros objetivos está tan cerca que hay pocos aquí que no vivirán para ver el día»⁽⁴³⁾.

La socialdemocracia y la clase obrera

El partido socialista sería la clase obrera organizada. Como observaron Bergounioux y Manin, «la autonomía de los obreros fuera de la política o una emancipación política que no sería específicamente de los obreros, tales eran las dos tendencias en el momento en que Marx y Engels contribuyeron a la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores»⁽⁴⁴⁾. La influencia

decisiva de Marx fue una síntesis de estas dos posiciones: el socialismo como un movimiento de la clase obrera en política. La orientación abogada por Marx era nueva: organizar un «partido», pero un partido claramente de obreros, independiente de todas las otras clases y opuesto a las mismas. La organización de los obreros «en una clase y en consecuencia en un partido político»⁽⁴⁵⁾ era necesaria para que los obreros conquistaran el poder político, y, en opinión de Marx, no debería afectar y no afectaría a la autonomía de la clase obrera como fuerza política. «La emancipación de la clase obrera debería ser», en frase celebrada, «la tarea de la clase obrera misma».

Sabemos por qué Marx esperaba que los obreros se convirtieran en la fuerza propulsora del socialismo; en virtud de su posición en la sociedad capitalista, los trabajadores eran simultáneamente la clase explotada en la manera específicamente capitalista, y la única clase que tenía la capacidad de organizar la producción por sí misma, una vez que las relaciones capitalistas fueron abolidas⁽⁴⁶⁾. Sin embargo, este énfasis en la relación orgánica entre el socialismo y la clase obrera — concebida la relación como relación entre la misión histórica y el agente histórico— no explica por sí mismo por qué los socialistas quisieron durante el período inicial organizar sólo obreros y a todos los obreros. Las razones para esta relación privilegiada entre los partidos socialistas y la clase obrera eran más inmediatas y más prácticas que las que se encuentran en la teoría de la historia de Marx.

En primer lugar, el capitalismo es un sistema en el que los obreros compiten unos con otros a menos que estén organizados en una clase. La similitud de la posición de clase no resulta necesariamente en solidaridad, puesto que los intereses que los obreros comparten son precisamente los que les sitúan en competencia (un ejemplo fundamental: cuando la busca de trabajo hace bajar los salarios). El interés de clase es algo ligado a los obreros como colectividad antes que como conjunto de individuos, a su «grupo», antes que a un interés general. Un aumento general de los salarios está en el interés de todos los obreros, pero no afecta las relaciones entre ellos. Por el contrario, una ley que establezca un salario mínimo, amplie la educación obligatoria, fije la edad de la jubilación y limite la jornada laboral, afectará las relaciones entre los trabajadores sin que esté necesariamente en el interés de todos. En realidad, algunos obreros preferirían trabajar más allá de su edad de jubilación incluso en el caso de que así perjudiquen a otros obreros sin trabajo por menos del salario mínimo, incluso si con ello se derrumbara el nivel de los salarios; y los hay quienes estarían dispuestos a cumplir su misión histórica de emancipar a la sociedad entera. En su *Address to the Communist League*, en 1850, Marx puso de relieve que los obreros «deben ellos mismos hacer todo lo posible por su victoria final, aclarando en sus mentes cuáles son sus intereses de clase, tomando posición como partido independiente tan pronto como sea posible y no permitiéndose por un sólo instante ser seducidos por las frases hipócritas de la pequeña burguesía democrática, que intentará apartarles de la organización independiente del partido del proletariado»⁽⁴⁸⁾. Rosenberg se refiere a la tendencia del socialismo alemán de los 1860 a «aislarse y a poner de relieve esas cualidades que le diferencian de todos los grupos y tendencias de las clases ricas. En este estadio, el movimiento proletario radical tendió particularmente a ver a la nobleza y los campesinos, los fabricantes y los intelectuales, como 'una uniforme masa reaccionaria'»⁽⁴⁹⁾. Lo mismo puede decirse de los primeros candidatos del trabajo, que compitieron en las elecciones de 1863, en París⁽⁵⁰⁾.

La noción de «una uniforme masa reaccionaria» estaba subyacente en el *Programa de Gotha*, de 1875, y reapareció en el programa sueco de 1889⁽⁵¹⁾. Todavía en 1891, cuando se le rogó a Engels que hiciera un comentario sobre el borrador de Kautsky para el *Programa Erfurt*, Engels, a una referencia sobre «el pueblo en general» preguntó «¿quién es ése?»⁽⁵²⁾. Y con su elocuencia típica, Jules Guesde dijo (en Lille, 1890): «La revolución que os incumbe es posible solamente en la medida en que continuéis siendo vosotros mismos, clase contra clase, no sabiendo y no queriendo saber las divisiones que puedan existir en el mundo capitalista»⁽⁵³⁾.

En realidad, la dificultad inicial a que se enfrentaron los socialistas fue que los obreros desconfiaban de toda influencia que se originara fuera de su clase. El socialismo parecía una ideología abstracta y extraña en relación con la experiencia diaria. No estaba claro para los obreros que una mejora de sus condiciones requería la abolición del sistema mismo de trabajo asalariado. Bergounioux y Manin cuentan que según un estudio sobre los obreros franceses a principios de la tercera república, existía una resistencia al mensaje socialista, un énfasis en el conflicto directo entre trabajadores y sus empresarios, y un descuido de la política⁽⁵⁴⁾. En Bélgica, un partido con etiqueta socialista, *Parti socialista belge*, fundado en 1879, tuvo dificultades para persuadir a las asociaciones de obreros a que se afiliaran. Según Landauer, los trabajadores desconfiaban de la propaganda socialista, y de Paepe dijo que «la palabra 'socialista' asusta a muchos obreros»⁽⁵⁵⁾. Así fue como nació en 1885 el *Parti ouvrier belge*: un partido obrero en lugar de uno socialista. En Gran Bretaña los sindicalistas se opusieron, con éxito hasta 1918, a que el partido laborista admitiera miembros de otras clases en una base individual. Si los socialistas tenían que triunfar, el suyo tenía que ser un partido de los trabajadores. En Suecia, las primeras células locales del partido socialdemócrata fueron llamadas *Arbetarkommuner*, comunas obreras⁽⁵⁶⁾. Los socialistas se mostraban anhelantes por poner de relieve el carácter de clase del movimiento, y estaban dispuestos a hacer compromisos doctrinales con el fin de implantar el socialismo entre los obreros.

El dilema del electoralismo proletario

La mayoría que los socialistas esperaban obtener en las elecciones estaría formada por obreros. El proletariado —actuando en su interés y consciente de su misión— sería la fuerza social que precipitaría la sociedad al socialismo. Pero este proletariado no era, y nunca lo ha sido, una mayoría numérica de votantes en ninguna sociedad. La profecía según la cual los miembros desplazados de la vieja clase se convertirían en proletarios o se unirían al ejército de los desempleados no se materializó.

Las viejas clases medias, en particular los propietarios agrícolas independientes, casi se desvanecieron como grupo en la mayor parte de la Europa occidental, pero sus hijos se emplearían con mayor probabilidad en una oficina o en un almacén que en una factoría. Además, aunque la proporción de la población adulta entregada a una actividad fuera de la familia cayó drásticamen-

te en el curso del desarrollo capitalista, los excluidos del campo del trabajo no se convirtieron en un proletariado de reserva. La educación obligatoria extendida, la jubilación forzosa, los grandes ejércitos en pie de guerra, y los valladares puestos a la participación económica de la mujer, fueron factores todos que tuvieron el efecto de reducir la entrada en el proletariado⁽⁵⁷⁾. Como resultado, de 1890 a 1980, el proletariado continuó siendo una minoría de la población. En Bélgica, el primer país europeo que contó con una industria importante, la proporción de obreros pasó el número mágico de la mayoría al alcanzar el 50'1% en 1912. En Dinamarca, la proporción de obreros en el electorado nunca excedió el 29%. En Finlandia, nunca pasó del 24%. En Francia, la proporción declinó del 39'4% en 1893 al 24'8% en 1968. En Alemania, los obreros pasaron, como proporción del electorado, del 25'5% en 1871 al 36'9% en 1903, y desde entonces han constituido alrededor de un tercio. En Noruega los obreros eran el 33% del electorado en 1894 y el 34'1% en 1900. En Suecia se saltó del 28'9% en 1908 al 40'4% en 1952; luego la proporción declinó hasta el 38'5% en 1964.

Las reglas del juego democrático, aunque universales y a veces justas, no muestran compasión. Si un partido tiene que gobernar solo, sin el peso de la influencia moderadora de alianzas y deudas de compromiso, debe obtener una proporción específica del voto no muy diferente del 50%. Las instituciones electorales precedieron el nacimiento de los partidos que pretendieron utilizarlas como el vehículo hacia el socialismo, y esas instituciones llevaban en sí mismas la regla fundamental que hace imposible la victoria de una minoría aislada. Un partido que representa a una clase que tiene menos miembros que las otras clases combinadas no puede ganar batallas electorales.

La combinación de la situación minoritaria con gobierno de la mayoría constituye la condición histórica bajo la cual tienen que actuar los socialistas. Esta condición objetiva les impone a los partidos socialistas una elección: deben escoger entre un partido homogéneo, pero sentenciado a derrotas electorales perpetuas, o un partido que lucha por el triunfo electoral a costa de diluir su carácter de clase. Esta elección no es entre revolución y reforma. No hay ninguna razón a priori, y ninguna evidencia histórica, para suponer que un partido electoral puramente obrero será más revolucionario que un partido heterogéneo en su base de clase. En realidad, los partidos electorales obreros, de los que probablemente el mejor ejemplo sea el SPD en el período Weimar⁽⁵⁸⁾, pueden estar totalmente comprometidos con la defensa de los intereses particulares de los obreros dentro de los confines de la sociedad capitalista. Estos partidos de clase pueden fácilmente convertirse en meros grupos de interés, que presionan para obtener una fracción mayor del producto nacional, sin preocuparse de la manera en que es producido. Un partido puro de obreros, que constituyeran una mayoría del electorado, quizá habría mantenido su compromiso último sin una concesión, como los socialistas dijeron que harían cuando vieron a la clase obrera como mayoritaria. Pero continuar como un partido minoritario dedicado exclusivamente a fines últimos, en un juego en que se necesita una mayoría —más, un mandato abrumador— para realizar esos objetivos, habría sido absurdo. Para obtener influencia electoral para no importa qué fines, desde los últimos a los más inmediatos, los partidos de la clase obrera deben buscar el apoyo de los miembros de otras clases.

Dada la situación minoritaria de los obreros en la estructura de clase de las sociedades capitalistas, la decisión de participar en elecciones altera la lógica

misma del problema de la transformación revolucionaria. El sistema democrático le jugó una partida perversa a las intenciones socialistas: la emancipación de la clase obrera no podía ser tarea de los mismos obreros, si esta emancipación tenía que llevarse a cabo por medio de elecciones. La única cuestión en el aire era si una mayoría para el socialismo podía ser alcanzada buscando el apoyo electoral más allá de la clase obrera.

Existe una tendencia peculiar entre observadores contemporáneos a ver la estrategia de atraerse una base de clase heterogénea, como un efecto relativamente reciente de la «desradicalización» de los movimientos socialistas. La *Mittelklasse Strategie* alemana se considera el prototipo de esta nueva orientación, siendo Kurt Schumacher su arquitecto⁽⁵⁹⁾. Según esta interpretación los partidos socialistas empezaron a buscar el apoyo de grupos no obreros sólo después de renunciar a sus objetivos socialistas.

Esta opinión es simplemente inexacta. Los socialistas buscaron otros apoyos que el de la clase obrera tan pronto como la perspectiva de una victoria electoral se hizo real, y desde entonces han continuado oscilando entre una búsqueda de aliados y el énfasis en los trabajadores. Aquella profecía triunfante de Engels, en 1885, cuando dijo que los socialistas serían una fuerza ante la cual «todos los poderes tendrán que inclinarse», estaba condicionada al éxito del partido en «conquistar la mayor parte de los estratos medios de la sociedad, pequeña burguesía y pequeños campesinos». Su aviso al partido francés —aviso que los franceses no necesitaban, puesto que ya estaban contando con ello—⁽⁶⁰⁾ fue el mismo: reclutar al pequeño campesino. El *Erfuert Programme* de 1891 dio el tono en que los llamados a las «clases medias» fue expresado: sus intereses eran «paralelos» a los del proletariado; ellos eran los «aliados naturales» del proletariado⁽⁶¹⁾. Los seguidores de Guesde, en Francia, empezaron a abogar por alianzas tan pronto como Guesde fue elegido al parlamento en 1893⁽⁶²⁾. En Bélgica, el primer programa adoptado en 1894 por el *Parti ouvrier* trataba de atraer a la baja clase media y a la *intelligentsia*⁽⁶³⁾. En Suecia se debatió ya en 1889 una estrategia basada en varias clases, y el partido continuó marchando hacia una orientación heterogénea de clase hasta su aceptación plena en 1920⁽⁶⁴⁾. El partido laborista británico derrotó, en 1912, una propuesta para abrirse, sobre una base individual, a «administradores, capataces (y) personas ocupadas en el comercio por cuenta propia»⁽⁶⁵⁾. Pero en 1918, al tomar un giro programático a la izquierda, el partido abrió sus filas a los «trabajadores intelectuales». En realidad, en su polémica con Beer, McKibbin interpreta el énfasis mismo en el socialismo en el programa de 1918 como un intento de capturar «las clases medias profesionales»⁽⁶⁶⁾. En todas partes los revisionistas afirmaron que los obreros no eran una mayoría y que el partido debía buscar apoyo fuera de la clase obrera. Bernstein, Jaurès y McDonald llegaron a esta conclusión independientemente: una vez que un partido se comprometía en la batalla electoral tenía que abrazar esta conclusión. Para 1915, Michel podía ya caracterizar la estrategia socialdemócrata de esta manera: «Por motivos predominantemente electorales, el partido de los trabajadores busca apoyo en los elementos de la pequeña burguesía, lo que da lugar a más o menos amplias reacciones sobre el partido mismo. El partido laborista se convierte en el partido del 'pueblo'. Sus llamamientos ya no están dirigidos tan sólo a los obreros manuales, sino a 'todos los productores' a 'la población trabajadora entera'. Frases que se aplican a todas las clases y estratos de la sociedad, excepto a los ociosos que viven del ingreso de sus inversiones»⁽⁶⁷⁾.

La orientación de la posguerra de varios partidos socialdemócratas hacia los estratos medios entendidos ampliamente no es el resultado de una nueva postura estratégica, sino más bien un reflejo de la cambiante estructura de clase de la Europa occidental. La proporción de la población ocupada en la agricultura declinó durante el siglo XX, y más rápidamente durante la década de 1950 que en las precedentes. Las «nuevas clases medias» casi reemplazaron a la «antigua» numéricamente. Las estrategias de los partidos reflejaron, aunque con algún retraso, la evolución numérica de la estructura de clase. Lo que es relativamente nuevo, por lo tanto, es solamente la indicación explícita de empleados asalariados como una reserva de apoyo socialista potencial. Fue, después de todo, Bernstein quien introdujo la noción del VI *Volksparteis*; no Schumacher ni Brandt. La búsqueda de aliados es inherente al electoralismo.

Disolviendo el llamamiento de clase

Una vez que decidieron competir por los votos de los «aliados naturales», de las antiguas o de las nuevas clases medias, los socialistas apelaban a la abrumadora mayoría de la población. El cálculo de Branting, en 1889, según el cual el «pueblo» constituía el 95% de la sociedad sueca, es probable que estuviera sólo ligeramente exagerado, dada su definición de «el pueblo»⁽⁶⁸⁾. Buscando una distribución justa de las cargas de la primera guerra mundial, un documento programático del partido, *Labour and the New Social Order*, afirmaba que «de esta manera, el partido laborista asegura que cuenta con el apoyo de cuatro quintos de la población»⁽⁶⁹⁾. No hay razón para dudar que la clase obrera, junto con sus aliados, comprende alrededor de un 80%, hoy en día, de la población de Francia y de los Estados Unidos⁽⁷⁰⁾. Si a los obreros industriales añadimos los empleados «white collar», la pequeña burguesía, las amas de casa, los jubilados y los estudiantes, casi no queda nadie para representar intereses antagónicos al socialismo. Queda un puñado de explotadores: «el hombre de negocios con una cuenta de gastos libre de impuestos, el especulador, con ganancias de capital libres de impuestos, el presidente retirado de una compañía, con sus ingresos libres de impuestos», en palabras del manifiesto electoral del partido laborista, en 1959⁽⁷¹⁾.

Sin embargo, los partidos socialdemócratas nunca han obtenido los votos de cuatro quintos del electorado en ningún país. Sólo en algunos casos han conseguido el apoyo de la mitad de la gente que acudió a las urnas. Están muy lejos de obtener los votos de todos aquéllos a quienes dicen representar. Además, ni siquiera puede ganar los votos de todos los obreros, el proletariado en el sentido clásico de la palabra. En varios países, hasta un tercio de los obreros vota a partidos burgueses. En Bélgica, la mitad de los trabajadores no vota a los socialistas⁽⁷²⁾. En el Reino Unido el partido laborista perdió el 49% del voto de la clase obrera en las elecciones de 1979. Los socialdemócratas parecen condenados a una situación minoritaria cuando son un partido de clase, pero cuando pretenden ser un partido de masas, de la nación entera, se les relega igualmente. Como partido puro de trabajadores no pueden obtener el mandato socialista, pero como partido nacional tampoco lo han conseguido.

Algunas de las razones de que ningún partido político haya ganado nunca una mayoría con un programa de transformación socialista son, sin duda, externas al sistema electoral. Sin embargo, los partidos socialdemócratas se enfrentan a un dilema puramente electoral. La clase informa la conducta política de los individuos sólo en tanto que los obreros están organizados políticamente como obreros. Si los partidos políticos no movilizan a la gente *qua* obreros, sino como «las masas», «el pueblo», «los consumidores», «los contribuyentes», o simplemente «los ciudadanos» entonces es menos probable que los obreros se identifiquen como miembros de una clase, y, a la larga, menos probable que voten como obreros. Al incluir en su llamado a «las masas», los socialdemócratas debilitan el rasgo general de clase como determinante de la conducta política de los individuos.

Las estrategias orientadas hacia un amplio apoyo electoral tienen un efecto no sólo en la relación entre los obreros y otras clases, sino también, primariamente, dentro de la clase, en las relaciones entre obreros. Para tener éxito en la competencia electoral los partidos socialdemócratas deben presentarse a los diferentes grupos como un instrumento para la realización de sus intereses económicos inmediatos, inmediatos en el sentido de que esos intereses pueden ser satisfechos tan pronto como el partido gane las elecciones. La alianza supraclase debe estar basada en una convergencia de intereses económicos inmediatos de la clase obrera y de otros grupos. Los socialdemócratas deben ofrecer créditos a la pequeña burguesía, pensiones a los empleados asalariados, salarios mínimos a los obreros, protección a los consumidores, educación a los jóvenes, asignaciones familiares a las familias. Esta convergencia no puede ser encontrada en medidas que refuerzan la cohesión y combatividad de los obreros contra otras clases. Cuando los socialdemócratas amplían su llamamiento, deben prometer luchar por objetivos no específicamente obreros (como colectividad) —los que constituyen los bienes públicos para los obreros como clase—, sino por objetivos que los trabajadores, como individuos, comparten con miembros de otras clases. El terreno común puede ser hallado en un cambio de la carga de los impuestos, de la tasación indirecta a la directa, en leyes de protección del consumidor, en gastos en el transporte público, y cosas semejantes. Estas son preocupaciones que los obreros comparten como individuos con otros que tienen ingresos bajos, que compran productos para el consumidor, que viajan al trabajo. No son intereses de obreros como clase, sino de los consumidores, de los pobres, etcétera.

Por eso no extraña que el partido ya no represente a los obreros cuando acude a las masas. Aunque la convergencia no es nunca perfecta y algunos intereses de los obreros están frecuentemente comprometidos, el partido continúa representando aquellos intereses que los obreros como individuos comparten con otra gente. De aquí que los partidos socialdemócratas orientados hacia «el pueblo» continúan siendo partidos de los obreros como individuos. Pero dejan de ser la organización de los obreros como clase que disciplina a los individuos en su competencia mutua colocándolos contra otras clases. Es el principio mismo de conflicto de clase —el conflicto entre colectividades con una cohesión interna—, lo que se compromete cuando los partidos obreros se convierten en partidos de masas.

La diferenciación del llamamiento de clase, no obstante, no afecta solamente a la organización de los obreros como una clase. Tiene un efecto fundamental en

la forma de conflictos políticos en las sociedades capitalistas, puesto que restituye una desclasada visión de la política. Cuando los partidos socialdemócratas se convierten en partidos de «toda la nación», refuerzan la visión de la política como un proceso de definición del bienestar colectivo «de todos los miembros de la sociedad». La política, otra vez, está definida en la dimensión individuo-nación, no en términos de clase.

La desenfatización del conflicto de clase, a su vez, afecta a los trabajadores. A medida que la identificación de clase se hace menos preponderante, los partidos socialistas pierden su influencia sobre los obreros. Los partidos socialdemócratas ya no son cualitativamente diferentes de otros partidos; la lealtad de clase ya no es la base más fuerte de autoidentificación. Uno ya no puede recordar, como lo hacía Vivian Gornick de su niñez, que «antes de saber que yo era judía, o una niña, sabía que era un miembro de la clase obrera»⁽⁷³⁾. Los obreros ven la sociedad como un compuesto de individuos; se comportan políticamente en base a afinidades religiosas, étnicas, regionales, etcétera. Se convierten en católicos, sudistas, francófonos, o simplemente en «ciudadanos».

Se ve ahora claro que el dilema vuelve con furia en el seno del sistema mismo de competencia electoral. La elección entre pureza de clase y apoyo amplio debe ser vivida continuamente por los partidos socialdemócratas, porque cuando intentan incrementar su apoyo electoral más allá de la clase obrera, estos partidos reducen su capacidad para movilizar a los obreros. Esta elección no fue hecha de una vez por todas por ningún partido; ni representa tampoco una evolución en una sola dirección. En realidad, si existe una componenda electoral, entre atraerse a las masas y reclutar a los obreros, entonces los cambios estratégicos son imperativos desde el punto de vista puramente electoral. Historias de partidos particulares están repletas de reveses estratégicos, con cambios mayores de dirección, controversias, cismas y escisiones. El SPD volvió a poner de relieve la clase en 1905; los socialdemócratas suecos abandonaron temporalmente su intento de hacerse un partido de muchas clases (una vez en 1926 y otra en 1953); el partido laborista noruego enfatizó su orientación de clase en 1918; los jóvenes socialistas alemanes lanzaron un ataque serio contra la *Mittelklass estragie*, hace una década; el conflicto entre una tendencia *ouvrierist* y otra multclasista aflige hoy a varios partidos. En términos puramente electorales, los socialdemócratas se enfrentan con un dilema. Se ven forzados a ir hacia adelante y hacia atrás, ora apelando a la clase, ora a la nación. Parecen incapaces de ganar de un modo y de otro y se comportan de la manera en que lo hace la gente racional cuando se enfrenta con dilemas: se lamentan, cambian sus estrategias, se vuelven a lamentar.

Los socialdemócratas no han triunfado en la tarea de hacer de las elecciones un instrumento de transformación socialista. Para ser eficaces en las elecciones tienen que buscar aliados que se unirían a los obreros bajo la bandera socialista, sin embargo, y al mismo tiempo, socavan exactamente la ideología que es la fuente de su fuerza entre los obreros. No pueden seguir siendo sólo un partido de obreros y, sin embargo, no pueden nunca dejar de ser un partido de los obreros.

Reforma y revolución

Los socialistas participaron en las elecciones con fines últimos. El Congreso de La Haya de la Primera Internacional proclamó que la «organización del proletariado en un partido político es necesaria para asegurar la victoria de la revolución social y su objetivo último, la abolición de las clases...»⁽⁷⁴⁾. El primer programa sueco especificó que «la socialdemocracia difiere de otros partidos en que aspira a transformar completamente la organización económica de la sociedad burguesa y a realizar la liberación de la clase obrera...»⁽⁷⁵⁾. Incluso el más reformista entre los revisionistas, Millerand, advirtió que «quienquiera que no admita la sustitución necesaria y progresiva de la propiedad capitalista por la propiedad social no es un socialista»⁽⁷⁶⁾.

Éstos eran los objetivos a ser alcanzados por medio de la legislación, sobre el mandato de una mayoría expresada electoralmente, como voluntad del sufragio universal. Los socialistas iban a abolir la explotación, a destruir la división de la sociedad en clases, a eliminar todas las desigualdades económicas y políticas, a terminar con el derroche y la anarquía de la producción capitalista, a erradicar todas las fuentes de injusticia y prejuicio. Iban a emancipar no solamente a los obreros, sino a la humanidad, a edificar una sociedad basada en la cooperación, a orientar racionalmente las energías y los recursos hacia la satisfacción de las necesidades humanas, a crear condiciones sociales que harían posible un desarrollo ilimitado de la personalidad. Racionalidad, justicia y libertad eran los objetivos que guiaban al movimiento socialdemócrata.

Éstos eran objetivos últimos: no podían ser realizados inmediatamente, por razones económicas y políticas. Y los socialdemócratas estaban poco dispuestos a esperar hasta el día en que esos objetivos se cumplirían finalmente. Ellos decían representar el interés de los obreros y de otros grupos no sólo en el futuro, sino también en el «día presente», es decir, en la sociedad capitalista. El *Parti Socialiste Française*, dirigido por Jaurès, proclamó en su Congreso de Tours, de 1902: «El partido socialista, rechazando la política de todo o nada, tiene un programa de reformas cuya realización persigue»; y seguía una lista de 54 demandas relativas a la democratización, secularización, organización de la justicia, familia, educación, tasación, protección del trabajo, seguros sociales, nacionalización de industrias y política exterior⁽⁷⁷⁾. El primer programa de los socialdemócratas suecos, en 1897, exigía tasación directa, desarrollo de actividades productivas del estado y del municipio, crédito público, incluyendo el control director del estado del crédito a los campesinos, legislación de las condiciones de trabajo, vejez, enfermedad, seguros de accidente, igualdad legal y libertad de organización, de reunión, de palabra y de prensa⁽⁷⁸⁾.

Esta orientación hacia objetivos inmediatos nunca fue considerada por sus arquitectos como una desviación de los objetivos finales. Como se pensaba que el socialismo era inevitable, no había razón para que medidas inmediatas no fueran abogadas por los partidos socialistas. No existía el peligro, ni siquiera una posibilidad de que tales medidas impidieran el advenimiento de lo inevitable. Como dijo Kautsky, «sería un profundo error imaginar que tales reformas aplazarían la revolución social»⁽⁷⁹⁾. Los objetivos últimos serían realizados porque la historia estaba del lado del socialismo. Los revisionistas del movimiento eran, si algo, incluso más deterministas que aquéllos que abogaban por tácticas insurreccionales. Millerand, por ejemplo, decía en su discurso, en

Saint-Mandé: «Los hombres no establecen ni establecerán el colectivismo; se establece a sí mismo día a día; está siendo segregado, si se me permite la frase, por el sistema capitalista»⁽⁸⁰⁾.

Incluso cuando los movimientos socialdemócratas abandonaron la protección de la historia para redescubrir en los valores éticos una justificación del socialismo, ningún dilema se planteó en la conciencia de los líderes. La famosa renuncia de Bernstein a los objetivos finales no implicaba que éstos no se realizarían nunca, sino únicamente que el modo de alcanzarlos era concentrarse en los objetivos inmediatos. Jaurès, hablando de la conquista del poder político por parte de los trabajadores, suministró la imagen clásica: «Yo no creo, tampoco, que se producirá necesariamente un salto abrupto, el paso del abismo: quizás seremos conscientes de haber entrado en la zona del estado socialista, como los navegantes son conscientes de haber cruzado la línea del hemisferio; no es que vieron una cuerda extendida en el océano, advirtiéndoles del paso, sino que poco a poco han sido llevados a un nuevo hemisferio por el progreso de su barco»⁽⁸¹⁾. En verdad, para los demócratas sociales, las reformas inmediatas constituían «pasos», que lentamente se acumulan para una reestructuración completa de la sociedad. Anticipándose al argumento de Bernstein, George von Vollmar, dirigente del ala de Bavaria del SPD, declaró en el Congreso de Erfurt: «Además del objetivo general o último, vemos otro más próximo: el logro de las necesidades más inmediatas del pueblo. Para mí, este logro es la cosa más importante, no sólo por su valor propagandístico, que propicia el alistamiento de las masas, sino también, en mi opinión, porque este progreso gradual, esta socialización gradual, es el método fuertemente indicado para una transición progresiva»⁽⁸²⁾.

Reforma y revolución no requieren una elección dentro de la visión del mundo de la socialdemocracia. Para traer la «revolución social» —la frase que antes de 1917 connotaba la transformación de las relaciones sociales, pero no necesariamente una insurrección— es suficiente con seguir el camino de las reformas. Las reformas, se piensa, son acumulativas e irreversibles. Nada de extraño había en este argumento de Jaurès: «Precisamente porque es un partido de revolución..., el partido socialista es el más activamente reformista...»⁽⁸³⁾. Cuanto más reformas, cuanto más aprisa introducidas, más cerca de la revolución social, más pronto el barco socialista surcará las aguas del nuevo mundo. E incluso cuando los tiempos no son propicios para dar nuevos pasos, incluso cuando las circunstancias políticas o económicas requieren el aplazamiento de las reformas, a la larga, toda nueva reforma se edifica sobre los logros pasados. Mitigar los efectos del capitalismo y transformarlo fragmento a fragmento conducirá con el tiempo a una reestructuración completa de la sociedad. Esta perspectiva fue expresada de forma inmejorable por Benjamín Barber, en su crítica al libro de Miliband (1969): «Seguramente, llegados a cierto punto, la mitigación se convierte en transformación, la atenuación en abolición; en este punto, las «concesiones» capitalistas aniquilan el capitalismo... Esto no es decir que el punto ha sido alcanzado, sólo que debe existir tal punto»⁽⁸⁴⁾.

La beneficencia desplaza a la socialización

La «revolución social» soñada por los socialdemócratas era necesaria porque el capitalismo era irracional e injusto. Y la causa fundamental de esta ineficiencia y desigualdad era la propiedad privada de los medios de producción. Aunque la propiedad privada fue considerada ocasionalmente como la fuente de los males más dispares —desde la prostitución y el alcoholismo hasta las guerras—, siempre fue tenida como directamente responsable de la irracionalidad del sistema capitalista y de la pobreza y la injusticia que generaba.

Ya en *Socialism: Utopian and Scientific*, una de las más importantes fuentes teóricas del movimiento socialista, Engels puso de relieve que la racionalidad creciente de la producción capitalista en el seno de cada empresa está acompañada, y debe estar acompañada, por el caos y la anarquía de la producción a escala social. «La contradicción entre la producción socializada y la apropiación capitalista», escribió Engels, «ahora se presenta a sí misma como un antagonismo entre la organización de la producción en el taller individual y la anarquía de la producción en la sociedad en general»⁽⁸⁵⁾. Hablando en 1920, Branting repitió: «En las premisas básicas del presente orden social no hay suficientes garantías ni de que la producción como entidad recibe la orientación más racional posible, ni de que el beneficio en las varias ramas es utilizado del modo mejor desde el punto de vista nacional, económico y social»⁽⁸⁶⁾.

El segundo efecto de la propiedad privada es la distribución injusta de las recompensas materiales que genera. «El caso económico para el socialismo», escribió un teórico del partido laborista, «está en gran medida basado en la incapacidad del capitalismo para llevar a cabo una distribución de bienes equitativa o incluso practicable, en una edad de mecanización y de producción masiva»⁽⁸⁷⁾. Incluso la ruptura más decisiva con la tradición marxista, el programa de 1959 del SPD de Bad Godesberg, mantuvo que «la economía de mercado no asegura por sí misma una distribución justa del ingreso y la propiedad».

Dado este análisis, la socialización o la nacionalización de los medios de producción fue el método principal de realizar objetivos socialistas, y de aquí la primera tarea que llevar a cabo por los socialdemócratas después de la conquista del poder. La «revolución social», escribe Tingsten, «siempre se entendió que significaba una sistemática y deliberada socialización bajo el liderazgo de la clase obrera de la democracia social»⁽⁸⁸⁾. Socialización o nacionalización —una ambigüedad terminológica que fue significativa— era la manera por medio de la cual se realizaría la revolución socialista.

Hasta la primera guerra mundial, los partidos socialistas concentraron sus esfuerzos en ganar la batalla del sufragio y en organizar a los obreros como clase, así que se pensó poco, si algo, en los medios para alcanzar la socialización. La posibilidad misma de encontrarse realmente en posición de poner en práctica un programa de socialización cogió por sorpresa a todos los partidos socialistas, cuando la guerra destruyó el orden establecido, desató movimientos espontáneos de ocupación de factorías, y abrió las puertas a la participación gubernamental. En realidad, la ola de ocupación de fábricas que se produjo en Austria, Alemania, Finlandia, Italia y Suecia, pareció a los partidos socialistas establecidos y a los sindicatos una amenaza tan grande a su propia autoridad y organización como al orden capitalista⁽⁸⁹⁾.

Al ser reprimidos o quedar agotados estos movimientos espontáneos, la lógica del parlamentarismo restableció su tenaza en el movimiento socialdemócrata. Los esfuerzos nacionalizadores resultaron ser tan similares en varios países que su historia puede ser brevemente resumida. La cuestión de la socialización fue inmediatamente puesta en la agenda de los partidos socialdemócratas de Austria, Finlandia, Alemania, Gran Bretaña, Holanda, Italia y Suecia, y de la GGT en Francia. En varios países, especialmente en Alemania, Gran Bretaña y Suecia, «comisiones de socialización» fueron establecidas por los parlamentos respectivos, mientras que en Francia Leon Blum introdujo en la cámara un proyecto de ley para nacionalizar la industria ferroviaria. Las comisiones tenían como labor preparar programas detallados de socialización, en algunos casos para todas las industrias básicas, y en otros para industrias específicas, típicamente la del carbón. La comisión británica finalizó su trabajo rápidamente, puesto que Lloyd George hizo caso omiso simplemente de sus recomendaciones; en Alemania, la cuestión de la nacionalización del carbón reverberó después de la dimisión de la primera comisión; y en Suecia, el comité de socialización trabajó 16 años, gastando la mayor parte de su tiempo estudiando esfuerzos similares hechos en otras partes, y por fin expiró sin hacer recomendaciones. Aunque los socialdemócratas formaron o entraron en el gobierno de varios países, los resultados globales de estos primeros intentos de socialización fueron nulos. Con la excepción de la industria francesa de armamentos, en 1936, ni una sola compañía fue nacionalizada en Europa occidental por un gobierno socialdemócrata durante el entero periodo de entreguerras.

¿Cómo ocurrió que el movimiento cuyo objetivo era revolucionar la sociedad por medio del cambio de la base misma de su organización productiva terminó el periodo de integración en las instituciones políticas del capitalismo sin siquiera tocar los fundamentos de éste? Cuando Marx, en 1850, describió la anatomía de la democracia capitalista, estaba seguro de que, a menos de que fuera abolido, el sufragio universal conduciría de la «emancipación política a la social»; de que una vez en posesión de derechos políticos, los obreros procederían inmediatamente a destruir el «poder social» de los capitalistas, socializando los medios de producción⁽⁹⁰⁾. Todavía en 1928, Wigforss daba este resultado como inevitable: «El sufragio universal es incompatible con una sociedad dividida entre una pequeña clase de propietarios y una numerosa clase de desposeídos. O los ricos y los propietarios abolirán el sufragio universal, o los pobres lo harán con la ayuda de las riquezas acumuladas»⁽⁹¹⁾. Y, sin embargo, mientras los socialdemócratas tuvieron el poder en Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Francia, Alemania, Gran Bretaña, Noruega y Suecia, las riquezas quedaron aproximadamente intactas, y ciertamente la propiedad privada de los medios de producción no sufrió menoscabo.

La teorización del proyecto socialista

Pueden citarse un número de razones. No es desdeñable la ambigüedad teórica del proyecto mismo de «expropiación de los expropiadores». Una

dificultad era la relación ambigua entre «socialización» —la entrega de las industrias a los empleados— y «nacionalización», es decir, la dirección general de las mismas por el estado. Por una parte, como apuntaron Korsch⁽⁹²⁾, Wigforss⁽⁹³⁾ y otros, el control directo de empresas particulares por sus productores inmediatos no eliminaría el antagonismo entre productores y consumidores, es decir, los obreros de otras empresas. Por otra parte, la transferencia al control centralizado del estado tendría el efecto de reemplazar la autoridad privada del capital por la autoridad burocrática del gobierno; la Unión Soviética aparecía como ejemplo negativo. La tendencia «gestionnaire» dominó en Alemania, donde el principio fue incorporado incluso a la Constitución, y en Suecia; la tendencia «planiste» encontró su articulación más importante en Bélgica y en Francia bajo la influencia de Henri de Man. Una verdadera ola de escritos constitucionales se produjo inmediatamente después de la primera guerra mundial: Otto Bauer en Austria (1919), Karl Kautsky en Alemania (1925), G. D. H. Cole en Gran Bretaña (1919), Henri de Man en Bélgica, todos ellos se apresuraron a divisar un medio de combinar la racionalidad al nivel de la sociedad como un todo con el control de los productores inmediatos sobre sus propias actividades.

Sin embargo, esta explosión de actividad teórica se produjo bastante tardíamente en relación con las exigencias de la política práctica. El hecho, frecuentemente admitido por políticos socialdemócratas, era que no sabían cómo proceder para realizar su programa. La elección de las industrias que tenían que ser socializadas, los métodos de financiación, las técnicas administrativas y las relaciones mutuas entre los sectores resultaron ser problemas técnicos para los que los socialdemócratas no estaban preparados. De aquí que formaran comisiones de estudio y esperaran.

No obstante, la causa de la inercia socialdemócrata era mucho más profunda que la ambigüedad de sus planes. Los socialistas nunca obtuvieron el suficiente número de votos para lograr una mayoría parlamentaria, y de aquí, para poder legislar cualquier cosa sin apoyo o al menos consentimiento de otros partidos. Notablemente, y para su sorpresa, los partidos socialistas de varios países fueron invitados a gobernar minoritariamente, o a entrar en los gobiernos como miembros de coaliciones multipartidistas. Y la cuestión de qué hacer siendo un gobierno minoritario se presentó en forma de la elección siguiente: o el partido seguía sus objetivos socialistas y era prontamente derrotado o se comportaría como cualquier otro partido, administrando el sistema e introduciendo sólo aquellas pocas reformas para las cuales podía obtener una mayoría parlamentaria.

Cada estrategia fue considerada en términos de sus efectos a largo plazo. Los proponentes de la estrategia maximalista arguyeron que el partido educaría al electorado, enseñándole su programa socialista y exponiendo el carácter reaccionario de los partidos burgueses. Aseguraron que el pueblo pondría otra vez al partido en el poder con una mayoría y con el mandato para realizar su programa socialista. Sólo en Noruega fue adoptada esta estrategia; el gobierno duró tres días en 1928; el partido fue devuelto al poder cuatro años más tarde, pero sólo después de haber moderado sus objetivos socialistas.

Los proponentes de un programa mínimo arguyeron que la tarea más importante que podía cumplir un partido era demostrar que tenía «capacidad para gobernar», que era un partido gubernamental. «No vamos a tomar el poder

para prepararnos para una elección general», dijo MacDonald en 1924, «vamos a tomarlo para trabajar»⁽⁹⁴⁾. Su confianza, a la vez, descansaba en la creencia de que las reformas eran irreversibles y acumulativas. Como dijo Lyman: «Los gradualistas se imaginaban que el socialismo podía ser logrado a plazos, cada plazo aceptado por los conservadores sin obstrucción más sería que la presentada por la oposición laborista —generalmente— a los gobiernos 'Tory'. Cada plazo permanecería sin sufrir daño por los interludios de gobierno 'Tory', y dispuesto a ser el cimiento sobre el cual el próximo gobierno laborista reanudaría la construcción de la mancomunidad socialista»⁽⁹⁵⁾. De aquí que el partido accedería al poder, realizaría aquellas reformas y sólo aquellas reformas que obtuvieran el apoyo de la mayoría parlamentaria, y después se marcharía para volver cuando el electorado le diera un nuevo mandato. «Esperamos continuar sólo un cierto período en el poder, pero un período que nos permitirá llevar a cabo una labor positiva, una labor que eliminará muchos obstáculos que paralizarían gobiernos futuros, si tropezaran con problemas que sabemos como abordar.» Esta era la intención del partido laborista en 1924, según MacDonald⁽⁹⁶⁾. De aquí que Blum introdujera una distinción entre el «ejercicio del poder» y la «conquista del poder»; como minoría los socialistas podían solamente ejercerlo, pero debían ejercerlo en modo tal que a la larga conduciría a la conquista del mismo⁽⁹⁷⁾.

Si los socialistas no podían emprender un programa inmediato de nacionalizaciones, ¿qué podían hacer entre tanto? Podían, y así lo hicieron, emprender medidas *ad hoc*, destinadas a la mejora de las condiciones de los obreros: desarrollar planes para la vivienda, instituir alguna protección para los desempleados, introducir leyes relativas a un salario mínimo, tasación del ingreso y la herencia, pensiones de vejez. Tales medidas, aunque favorecieron a los obreros, no eran ni políticamente irrealizables ni escandalosas económicamente; continuaban la tradición reformista asociada con Bismarck, Disraeli y Giolitti. Estas medidas ni cambiaron la estructura de la economía ni el balance político de fuerzas.

El hecho es que hasta los 1930 los socialdemócratas no tuvieron ninguna política económica propia. La teoría económica de la izquierda era la teoría que criticaba al capitalismo, que proclamaba la superioridad del socialismo, y condujo a un programa de nacionalización de los medios de producción. Una vez que este programa fue dejado en suspenso —no fue todavía abandonado— no quedó política económica socialista alguna⁽⁹⁸⁾. Los socialistas se comportaron como los restantes partidos: con algún prejuicio distributivo hacia su electorado, pero llenos de respeto por los dorados principios del presupuesto equilibrado, medidas anticrisis deflacionarias, el standard del oro, etcétera. Se dice de Blum que «no podía concebir un estado intermedio entre el socialismo puramente doctrinario y el libre juego del capitalismo...»⁽⁹⁹⁾ y parece ser que nadie pudo. La única teoría de reformas conocida fue la que abogaba por la nacionalización; ninguna otra alternativa coherente existía.

La alternativa surgió en respuesta a la Gran Depresión. En Suecia, Noruega, y en menor medida en Francia, los gobiernos socialistas reaccionaron ante el desempleo con una serie de medidas anticíclicas que rompieron la ortodoxia económica existente. Todavía es objeto de controversia si las medidas tomadas por los suecos se desarrollaron de modo autónomo, desde Marx y vía Wicksell, o si fueron una aplicación de las ideas de Keynes, que entonces circulaban ya⁽¹⁰⁰⁾. El hecho es que en todas partes los socialdemócratas pronto descubrieron en las

ideas de Keynes, particularmente después de la aparición de *General Theory*, algo que necesitaban urgentemente: una política distintiva para administrar las economías capitalistas. La revolución Keynesiana —eso es lo que fue— suministró un objetivo a los socialdemócratas, y de aquí la justificación de su papel gubernamental; y simultáneamente transformó el significado ideológico de las medidas distributivas que favorecían a la clase obrera.

De ser la víctima pasiva de los ciclos económicos, el estado se transformó casi de la noche a la mañana en una institución por medio de la cual la sociedad podía regular las crisis para mantener el pleno empleo. Describiendo la política del gobierno sueco de 1932, Gustan Möller, el arquitecto del programa contra el desempleo, puso de relieve que el socorro previo de éste era un «sistema indicado sólo para proporcionar necesidades básicas al desempleado, sin tener el propósito de contrarrestar la depresión... Los ciclos económicos, se dijo, siguen leyes económicas naturales, y la interferencia gubernamental es, en conjunto, inútil, y desde un punto de vista financiero incluso peligrosa a la larga»⁽¹⁰¹⁾. Ambos, Möller y Wigforss⁽¹⁰²⁾ describieron como los socialdemócratas suecos descubrieron que el desempleo podía ser reducido y la economía vigorizada si el estado adoptaba medidas anticíclicas, obras públicas productivas durante las depresiones y pagar las deudas en los períodos de expansión. La sociedad no está indefensa contra los caprichos del mercado capitalista, la economía puede ser controlada, y el bienestar de los ciudadanos continuamente ampliado por el papel activo del estado: este fue el nuevo descubrimiento de los socialdemócratas.

Y eso no fue todo: el Keynesianismo no era solamente una teoría que justificaba la participación socialista en el gobierno, sino que, incluso más fortuitamente desde el punto de vista socialdemócrata, era una teoría que repentinamente les dio una situación universalista a los intereses de los trabajadores. Con anterioridad, todas las peticiones de aumento del consumo eran consideradas como enemigas del interés nacional: salarios más altos implicaban beneficios más bajos y, de aquí, una oportunidad menor para la inversión y el desarrollo futuros. La única reacción concebible a la crisis era reducir los costos de producción, es decir, los salarios. Ésta era todavía la opinión del partido laborista en 1929. Pero, según la lógica de la teoría de Keynes, los salarios más altos, particularmente si el fondo salarial se incrementaba con el aumento del empleo más que con el índice salarial (que no subió en Suecia hasta 1936), significaban un incremento de la demanda agregada, que entrañaba mayores esperanzas de beneficios, mayores inversiones, y por ende la estimulación de la economía. El significado de incrementar los salarios cambió radicalmente, desde ser un impedimento al crecimiento económico nacional a ser el estímulo de dicho desarrollo. La defensa colectiva de los intereses de los trabajadores, una política que los socialdemócratas persiguieron durante los años 1920, y la estrategia electoral inclinada al «pueblo», encontraron ahora una justificación ideológica en una teoría económica técnica.

El giro Keynesiano pronto condujo a los socialdemócratas a desarrollar toda una ideología del «estado providente»⁽¹⁰³⁾. Los socialdemócratas definieron su función como modificador de las fuerzas del mercado, abandonando en la práctica completamente el proyecto de nacionalización. La aplicación, con éxito, de los instrumentos Keynesianos se consideró como la demostración de que la nacionalización —llena de problemas e incertidumbres como resultó ser—, no sólo era imposible de lograr por el camino parlamentario, sino también

simplemente innecesaria. El mismo Keynes escribió: «No es la propiedad de los medios de producción lo importante para el estado. Si éste es capaz de determinar la cantidad agregada de recursos dedicada a aumentar los instrumentos, y el índice básico de beneficio para quienes poseen los dichos instrumentos, habrá conseguido todo lo que es necesario»⁽¹⁰⁴⁾. Como dijo Wigforss, la propiedad estatal de industrias particulares daría como resultado el que los gobiernos socialistas se vieran forzados a comportarse como empresa capitalista, sujeta al «caos del mercado», mientras que por medio del control indirecto el estado podía racionalizar la economía como un todo y orientarla hacia el bienestar general⁽¹⁰⁵⁾.

El apoyo teórico de esta nueva perspectiva fue la distinción entre el concepto de propiedad como autoridad para administrar y el de propiedad como posesión legal. Ya clamó Bernstein que «la cuestión básica de la socialización es que coloquemos la producción, la vida económica, bajo el control del bien público»⁽¹⁰⁶⁾. En lugar de propiedad directa, el estado podía alcanzar todos los objetivos socialistas, influyendo en la industria privada para que se comportara en el interés público. «La esencia de la nacionalización», escribió Manin en 1934, «es menos la transferencia de propiedad que la transferencia de autoridad...»⁽¹⁰⁷⁾. Si el estado pudiera regular la industria privada cuando fuera necesario, y si pudiera mitigar los efectos del libre juego de las fuerzas del mercado, entonces la propiedad directa sería innecesaria y desaconsejable: esto se convirtió en el «motto» de la socialdemocracia después de la revolución keynesiana.

En resumen, incapaz, como gobierno minoritario, de perseguir el programa social, a mediados de los años 1930 la socialdemocracia encontró una política económica distintiva que justificó su función gubernamental, que especificó un número de reformas intermedias, las cuales podían ser sucesivamente logradas dentro de los confines del capitalismo, y que en varios países suministraron una exitosa plataforma electoral. Cogidos en los años 1920 en una posición de todo o nada, los socialdemócratas descubrieron un nuevo camino para la reforma, sustituyendo el proyecto de nacionalización por el bienestar general.

El abandono del reformismo

El abandono de la nacionalización programática de los medios de producción no implicaba que el estado nunca se ocuparía en actividades económicas. En los países de la Europa occidental entre un 5 y un 20% del producto bruto es producido ahora por empresas que en alguna forma son propiedad entera del estado⁽¹⁰⁸⁾. Los caminos por los que se desarrolló este «sector público» son demasiado varios para recogerlos aquí. En Italia y en España el sector público constituye principalmente un legado fascista; en Austria consiste predominantemente en propiedades alemanas confiscadas; en Gran Bretaña y en Francia la segunda guerra mundial fue seguida de una ola de nacionalizaciones. Característicamente, las empresas estatales están limitadas a instituciones de crédito,

carbón, acero, hierro, producción y distribución de energía, transportes y comunicaciones. Fuera de estos sectores sólo las empresas amenazadas de bancarota, lo que supone una reducción del empleo, pasan a manos públicas. Ejemplos en los que el estado se ocuparía en producir y vender bienes de consumo son extremadamente raros; parecen limitados a la industria del automóvil. El estado se ocupa en esas actividades económicas que son necesarias para la economía como un todo, y vende sus productos y servicios principalmente a firmas privadas. De aquí que el estado no compita con el capital privado, sino que más bien suministre los necesarios «inputs» para el funcionamiento rentable de la economía como un todo.

La división entre el estado y el mercado ha sido recientemente enmarcada en la «bienes públicos teoría del estado»⁽¹⁰⁹⁾. Esta teoría asume que el mercado capitalista es una forma natural de actividad económica; la existencia del mercado y sus leyes es un hecho dado. La función del estado se supone limitada al suministro de los así llamados «bienes públicos»: los que son indivisibles y que deben ser suministrados a todos o a nadie. Es propio del estado construir carreteras públicas o adiestrar la fuerza laboral: los empresarios privados racionales no proveerán tales bienes, puesto que no pueden impedir que la gente utilice las carreteras o que venda sus recientemente adquiridas destrezas a los competidores. El papel del estado se supone así limitado a aquellas actividades que no son provechosas para los empresarios privados y que, sin embargo, son necesarias para la economía como un todo.

De aquí que la estructura de los sistemas capitalistas contruidos por los socialdemócratas resultó ser la siguiente: 1) el estado dirige aquellas actividades no rentables para las empresas privadas pero necesarias a la economía como un todo; 2) el estado regula, particularmente persiguiendo una política anticíclica, la operación del sector privado, y 3) el estado mitiga, por medio de la medida de beneficencia, los efectos distributivos de la operación del mercado.

Las actividades regulatorias del estado están basadas en la creencia de que los capitalistas privados pueden ser inducidos a asignar los recursos de un modo deseado por los ciudadanos y expresado en las urnas. La noción básica es que en una democracia capitalista los recursos son asignados por dos mecanismos: el «mercado», en el cual el peso de las preferencias de los que toman las decisiones es proporcional a los recursos que controlan, y el estado, en el que el peso de las preferencias está igualmente distribuido a las personas *qua* ciudadanos. La esencia de la socialdemocracia contemporánea es la convicción de que el mercado puede ser dirigido hacia esas asignaciones de algún bien, público o privado, preferido por los ciudadanos, y que al racionalizar gradualmente la economía, el estado puede convertir a los capitalistas en funcionarios privados de lo público, sin alterar el estatuto jurídico de la propiedad privada.

Habiéndose comprometido a mantener la propiedad privada de los medios de producción, a asegurar la eficiencia y a mitigar los efectos distributivos, la socialdemocracia cesó de ser un movimiento reformista⁽¹¹⁰⁾. El reformismo siempre significó una progresión gradual hacia transformaciones estructurales; el reformismo estaba tradicionalmente justificado por la creencia de que las reformas son acumulativas, que constituyen pasos, que conducen en alguna dirección. La política presente de los socialdemócratas, por su lógica misma, ya no permite la acumulación de reformas.

El abandono del reformismo es una consecuencia directa de esas reformas

logradas. Puesto que el estado se ocupa casi exclusivamente en aquellas actividades no provechosas desde el punto de vista privado, se ve privado de los recursos financieros necesarios para continuar el proceso de nacionalización. Habiendo nacionalizado sectores deficitarios, los socialdemócratas socavaron su capacidad misma para extender gradualmente el sector público. Al mismo tiempo, habiendo reforzado el mercado, los socialdemócratas perpetúan la necesidad de mitigar los efectos distributivos de su operación. Las reformas providentes no tienen siquiera que ser «deshechas» por los gobiernos burgueses. Es suficiente que la operación del mercado se abandone a sí misma, por algún tiempo, con lo que se incrementan las desigualdades, el desempleo fluctúa, los cambios en la demanda laboral dejan a nuevos grupos expuestos a la pobreza, etcétera. Como dijo Martín en relación con Gran Bretaña, «la estructura básica del estado providente, de pleno empleo, resultó ser menos duradera de lo que el análisis de Crosland pretendía hacernos creer. Sin embargo, esto no fue debido a que los gobiernos conservadores se dedicaron a desmantelarlo, entre 1951 y 1964... Todo lo que se necesitaba para socavar el estado providente, de pleno empleo, era que los gobiernos conservadores no hicieran nada para contrarrestar esos procesos»⁽¹¹¹⁾. La mitigación no se convierte en transformación: en realidad, sin transformación, la necesidad de mitigar se hace eterna. Los socialdemócratas se encuentran en la situación que Marx atribuyó a Bonaparte: sus medidas parecen contradictorias, puesto que se dirigen simultáneamente a reforzar el poder productivo del capital y a contrarrestar sus efectos.

El resultado final de esta orientación es que los socialdemócratas se encuentran de nuevo sin una alternativa distintivamente propia, en el momento en que se enfrentan a una crisis del sistema internacional. Cuando gobiernan se ven forzados a conducirse como cualquier otro partido, descansando en medidas deflacionarias, de reducción de costes para asegurar la rentabilidad privada y la capacidad inversora. Las medidas orientadas a incrementar la democracia en el sitio de trabajo —el reciente redescubrimiento de los socialdemócratas—⁽¹¹²⁾ son un eco, nada sorprendente, de la postura del movimiento en los 1920, otro período en que la izquierda careció de una aproximación macroeconómica propia.

Las bases económicas del compromiso de clase

Tan pronto como los socialdemócratas formaron gobiernos después de la primera guerra mundial, descubrieron que su preocupación por la justicia no era inmediatamente compatible con el objetivo del incremento de la productividad. En palabras de Wigforss, «porque la socialdemocracia trabaja por una distribución más igual y más justa de la propiedad y los ingresos, no debe nunca olvidar que hay que producir antes de tener algo que distribuir»⁽¹¹³⁾. La preocupación de restaurar y extender la capacidad industrial productiva dominó rápidamente las primeras discusiones en torno a la socialización de la industria en Alemania y en Suecia⁽¹¹⁴⁾. Ciertamente, la justa distribución de la pobreza no fue la promesa socialista, y para aumentar la riqueza, los socialdemócratas tenían que centrar sus esfuerzos en el incremento de la productividad.

Pero sin la nacionalización de los medios de producción, los incrementos de la productividad requieren la rentabilidad de las empresas privadas. Mientras el proceso de acumulación sea privado, la sociedad entera depende de mantener las ganancias privadas y de la colocación de las mismas por los capitalistas. De aquí que la eficacia de los socialdemócratas —como de cualquier otro partido— en la regulación de la economía y la mitigación de los efectos sociales, depende de la rentabilidad del sector privado y de la disposición cooperadora de los capitalistas. La capacidad misma de los socialdemócratas para regular la economía depende de los beneficios del capital. Ésta es la barrera estructural que no puede ser rota: el límite de toda política es que la inversión y por ende los beneficios deben ser, a la larga, protegidos.

El compromiso básico de los socialdemócratas con el capital privado es así una expresión de la estructura misma de la sociedad capitalista. Una vez que la propiedad privada de los medios de producción fue dejada intacta, se hizo de interés para los asalariados el que los capitalistas se apropiaran beneficios. Como dijo el canciller Smith, «los beneficios de las empresas, hoy, son las inversiones de mañana, y las inversiones de mañana son el empleo para el día siguiente» (*Le Monde*, julio, 6, 1976). Esta confianza —que los beneficios actuales serían transformados en la mejora futura de las condiciones materiales de los asalariados— se convirtió en el fundamento del consentimiento socialdemócrata al capitalismo⁽¹¹⁵⁾. Los socialdemócratas toleran el derecho de los capitalistas a retener una parte del producto social, porque los beneficios apropiados por el capital se espera que sean ahorrados, invertidos, transformados en capacidad productiva, y en parte distribuidos como beneficios a otros grupos. Los socialdemócratas protegen los beneficios de las demandas reivindicativas de la masa, porque las medidas redistributivas radicales no son buenas para los asalariados.

Por eso los socialdemócratas cambian la abolición de la propiedad privada de los medios de producción por la cooperación de los capitalistas en el incremento de la productividad y la distribución de los beneficios de dicho incremento. Por eso los socialdemócratas no sólo intentan reproducir el capitalismo, sino que luchan por mejorarlo incluso contra la resistencia de los capitalistas. La nacionalización de los medios de producción ha resultado ser electoralmente impracticable; medidas redistributivas radicales resultan, en crisis económica en contra el interés de los asalariados; y el bienestar general sólo puede ser incrementado si se consigue la cooperación de los capitalistas y si a los asalariados se les disciplina continuamente en la espera...

Crisis y el gobierno de los obreros

Los socialdemócratas no conducirán las sociedades europeas al socialismo. Incluso si los obreros prefieren vivir bajo ese sistema, el proceso de transición llevaría a una crisis antes de que el socialismo pudiera ser organizado. Para alcanzar más altas cumbres uno tiene que atravesar el valle, y este descenso nunca será completado bajo condiciones democráticas.

Supongamos que los socialdemócratas ganan elecciones e intentan usar su posición para una transición democrática al socialismo. Dada la estructura social de las sociedades capitalistas, tal victoria electoral es posible sólo si puede obtener el apoyo de varios grupos: obreros industriales, empleados no manuales, pequeña burguesía, campesinos, amas de casa, jubilados y/o estudiantes. De aquí que las presiones en favor de una mejora significativa de las condiciones materiales surjan de varios grupos. Los salarios, particularmente los salarios mínimos, o «vitales» (*suelo vital* en Chile, *SMIC* en Francia) deben ser incrementados. El desempleo debe ser reducido. Las transferencias, particularmente las asignaciones familiares, deben ser más elevadas. El crédito para la pequeña empresa y las granjas agrícolas tiene que ser más barato y disponible con un mayor riesgo. Estas demandas pueden ser financiadas: 1) por medio de una redistribución de los ingresos personales (por medio de una tasación directa y de una reducción de las diferencias salariales), 2) por el aumento de la utilización de la capacidad latente, 3) gastos de reservas de divisas o préstamos y/o 4) disminución del índice de beneficios⁽¹¹⁶⁾. La suma de las tres primeras fuentes no será suficiente para satisfacer las demandas. La redistribución de los ingresos más altos no tiene un efecto cuantitativo muy grande, y no puede filtrarse demasiado hacia abajo sin amenazar el apoyo electoral de los empleados asalariados.

Forzados a pagar salarios más altos y a mantener el empleo más allá del nivel eficiente, los capitalistas pueden responder sólo incrementando los precios de los bienes. La inflación recibe también un impulso por las dificultades de la balanza de pagos, resultantes de la necesidad de importar bienes y de las presiones especulativas. De aquí que una dinámica inflacionaria se pone en movimiento o, si los precios están controlados, aparece la escasez, surge un mercado negro, etcétera. A la larga, los incrementos salariales nominales quedan socavados, como ocurrió en Francia en 1936⁽¹¹⁷⁾, en Chile y en Portugal.

Bajo circunstancias normales se puede esperar que el incremento de la demanda agregada estimule la inversión y el empleo. Las medidas redistributivas, incluso si incluyen emisiones inorgánicas, están generalmente justificadas no sólo por llamamientos a la justicia, sino también a la eficiencia. Al aumentar los ingresos más bajos, aumenta también la demanda de bienes. La utilización de la capacidad latente y de las reservas de divisas se consideran como un colchón que protegería a los precios contra el incremento de la demanda durante el breve período anterior al aumento de la inversión y luego de la oferta. Se espera que los beneficios resultantes de un mayor volumen de ventas serán reinvertidos y de este modo la economía será estimulada para desarrollarse a mayor ritmo. Éste fue, por ejemplo, el programa de Vuskovic en Chile, en absoluto irrazonable bajo circunstancias normales.

Tal programa, sin embargo, no puede tener éxito cuando las demandas económicas crecen espontáneamente y cuando están acompañadas por transformaciones estructurales. Las demandas salariales probablemente se volverán confiscatorias bajo esas circunstancias, y los capitalistas esperan que las mismas sean puestas en vigor, o por lo menos aprobadas por el gobierno. Medidas nacionalizadoras, de distribución de la tierra y de monopolización del crédito y del cambio extranjero por el estado, amenazan la institución misma del beneficio privado. Bajo tales circunstancias, los capitalistas privados racionales no invertirán. Una transición al socialismo debe por ello generar una crisis

económica. La inversión cae verticalmente, los precios aumentan, las ganancias salariales nominales son socavadas, el desempleo reaparece como problema mayor. Lo que así no es posible es el programa articulado por Allende, cuando dijo que «el modelo político hacia el socialismo que está aplicando mi gobierno requiere que la revolución socioeconómica tome lugar simultáneamente con una ininterrumpida expansión económica»⁽¹¹⁸⁾. Lo que no es posible es la creencia de Blum de «que una mejor distribución... haría revivir la producción al mismo tiempo que satisfaría a la justicia»⁽¹¹⁹⁾. Lo que no es posible es una transición al socialismo que empieza con «une augmentation substantielle des salaires et traitment»⁽¹²⁰⁾.

Enfrentados a una crisis económica, amenazados con la pérdida de apoyo electoral, preocupados por la posibilidad de una contrarrevolución fascista, los socialdemócratas abandonan el proyecto de transición o, por lo menos, hacen una pausa en espera de mejores auspicios. Encuentran el coraje para explicarle a la clase obrera que es mejor ser explotado que crear una situación que contenga el riesgo de volverse contra ellos. Rehúsan arriesgar sus fortunas en una posible agravación de la crisis. Ofrecen el compromiso; lo mantienen y lo defienden. La cuestión en el aire es si existe un escape a la alternativa definida por Olof Palme para la izquierda: «O volver a Stalin y Lenin, o tomar el camino que se junta a la tradición de la democracia social»⁽¹²¹⁾.

Artículo publicado en la revista "Debats" (Valencia), núm. 2-3 (1982).
Traducción de Manuel Lloris del original aparecido en
"New Left Review", núm. 122 (1980).

Notas

- (1) Dick Howard, *Re-reading Rosa Luxemburg*, Telos, 18. Invierno 1973-74, pp.89-107.
- (2) Rosa Luxemburg, *The mass strike, the Political Party, and the Trade Unions*, en M.A. Waters ed. *Rosa Luxemburg Speaks* New York 1970, p. 202.
- (3) Georg Lukacs, *History and Classes Consciousness*, London 1971 pp. 65-666; Nikos Paulantzas, *Political Power and Social Classes*, NLB, London 1973.
- (4) Cf Ralph Miliband, *Marxism and Politics*, London 1971.
- (5) Robert Michels, *Political Parties*, London 1977, p. 129.
- (6) Guy Konopniki, *Vive la centenaire du PCF*, Paris, 1979, p. 53.
- (7) Carl Landauer, *European Socialism, I*, Berkeley, 1959, p. 457.
- (8) Herbert Tingsten, *The Swedish Social Democrats*, Ottawa 1973, p. 362.
- (9) Ralph Miliband, *Parliamentary Socialism*. London 1975, p. 69.
- (10) Landauer, *European Socialism, I*, pp. 472-3.
- (11) Berndt Schiller «Years of Crisis, 1906-14» en: *Sweden's Development from Poverty to Affluence, 1750-1970* de Steven Koblick (ed) Mineapolis 1975, pp. 208-217.
- (12) Charles S. Maier, *Recasting Bourgeois Europe*, Princenton 1975, p. 158.
- (13) William A. Lafferty, *Economic Development and the Response of Labour in Scandinavia*, Oslo 1971, p. 191.
- (14) Milliband *Parliamentary Socialism*, p. 148.
- (15) Karl Kautsky, *The Class Struggle*, New York 1971, p. 186.
- (16) Eric Hobsbawm *Revolutionaries*, New York and London 1961.
- (17) Jean Jaurès, *L'esprit du socialisme*, Paris 1971, p. 71.
- (18) Edward Bernstein, *Evolutionary Socialism*, New York 1961.
- (19) Para las opiniones de Kautsky y Rosa Luxemburg, que eran algo más cautos, véase de Massimo Salvadori, *Karl Kautsky and the Socialist Revolution, 1880-1938*, NLB London 1979 y de Norman Geras, *The Legacy of Rosa Luxemburg*, NLB, London 1976.
- (20) Harold Laski, *Democracy in Crisis*, Chapell Hill, 1935, p. 77.
- (21) Tingsten, *The Swedish Social Democrats*, p. 361.
- (22) *Ibid.*
- (23) Rosa Luxemburg, *Reform or Revolution*, New York 1970, p. 28.
- (24) Salvadori, *Karl Kautsky and the Socialist Revolution*, p. 66 y p. 80.
- (25) Norbert Lesor, «Austro-Marxism: A Reappraisal» en *Journal of Contemporary History* II, 1976, pp. 133-48, p. 145.
- (26) Carl E. Schorske, *German Social Democracy 1905-1917*, New York, 1955, p. 43.
- (27) Cf. Geras. *The Legacy of Rosa Luxemburg*.
- (28) Peter Gay, *The Dilemma of Democratic Socialism*, New York, 1970, p. 7.
- (29) Frederick Engels and Karl Marx, *Correspondence 1846-95*, Moscow, 1935, p. 486.
- (30) Leslie Derfler, *Socialism since Marx: a Century of the European Left*, New York, 1973, p. 59.
- (31) R.C.K. Ensor *Modern Socialism as Set forth by the Socialists in their Speeches, Writings and Programs*, New York, 1908, p. 54.
- (32) Frederick Engels, «Introduction (1895) to Karl Marx» en *The class Struggles in France, 1848-50*, Moscow, 1960, p. 22.
- (33) Karl Marx and Frederick Engels «The Comunist Manifesto» en *The Revolutions of 1848*, Penguin NLR Marx Library, London 1976.
- (34) Karl Marx, *Surveys from Exile*, Penguin NLR Marx Library, London 1976.
- (35) Kar Kautsky, *The class Struggle*, p. 43.
- (36) Tingsten, *The Swedish Social Democrats*, p. 402.
- (37) Kautsky, *Terrorisme et Comunisme*, Paris 1919.
- (38) Giuseppe Fiori, *Antonio Gramsci: Life of a Revolutionary*, NLB, London 1973, p. 112.
- (39) Tingsnten, op. cit, p. 405.
- (40) Schorske, op. cit. p. 43.
- (41) Xavier Mabille y Val R. Lorwin «The Belgian Socialist Party» en: *Social Democratic Parties in Western Europe*, de William E. Paterson y Alastari H. Thomas (eds). London 197 p. 392.
- (42) Paterson and Thomas ip. cit. p. 240.
- (43) Derfler, *Socialism since Marx*, p. 58.
- (44) Alain Bergounioux y Bernard Manin, *La social-democracie ou le compromis*, Paris 1979, p. 27.
- (45) Marx y Engels «Communist Manifesto», *The Revolutions of 1848*.
- (46) Ernest Mandel, *The formation of the Economic Thought of Karl Marx*, New York y Lon' n 1972, p. 23.
- (47) Jean Paul Sartre, *Critique of Dialectical Reason* NLB London, 1976.
- (48) Karl Marx «Address to the Communist League», en *The Revolutions...*
- (49) Arthur Rosemberg, *Democracy and Socialism*, Boston 1965, p. 161.
- (50) Rosemberg, op. cit. 367.
- (51) Tingsten, op. cit. p. 367.
- (52) Frederick Engels, *A Contribution to the critique of the Social Democratic Ccraft Programme of 1841*. Moscow n, d., p. 56.
- (53) Jean Jacques Fiechtier, *Le socialisme français: de l'affaire Drefyus à la grande guerre*, Génova 1965, p. 258.
- (54) Bergounioux y Main, op. cit., p. 25.
- (55) Landauer, *European Socialism* 1, pp. 457-8.
- (56) Raymond Fusilier, *Le parti socialiste suedois. Son organisation*, Paris, 1954, p. 29.
- (57) Adam Pzerworksi y Ernest Underhill, «The Process of Class Formation from Karl Kautsky's *The class Struggle* to Recent Controversies», *Politics and Society*, 7, 1977, pp. 345-402; y «The evolution of European Class structure during the Twentieth Century», no publicado, Universidad de Chicago 1979.
- (58) Richard N. Hunt. *German Socialist Democracy, 1818-33*, Chicago 1970.
- (59) William E. Paterson «The German Social Democratic Party» en *Social Democratic Parties in Western Europe*.
- (60) Carl Landauer, «The Guedist and the Small Farmer: Early Erosion of French Marxism», *International Review of Social History*, 6, (1961), pp. 212-25.
- (61) Kautsky. *The class Struggle*.
- (62) Derfler. op. cit. p. 48.
- (63) Landauer. op. cit. I. p. 468.
- (64) Tingsten. op. cit.
- (65) Ross McKibbin. *The evolution of Labour Party*. Londres 1979. p. 95.
- (66) Samuel Beer. *British Politics in the Collectivist Age*, New York 1969. 2nd ed. McKibbin, *The evolution of the Labour Party*, p. 97.

- (67) Michels. *Political Parties*, p. 254.
- (68) Tingsten, op. cit. p. 135.
- (69) Arthur Henderson, *The Aims of Labour*, New York 1918 (2nd. ed.), p. 125.
- (70) Parti Communiste Français, *Traite d'economie politique: le capitalisme monopoliste d'etat*, 2 vol. Paris 1971; Eric Olin Wright, «Class Boundaries in the Advanced Capitalism», *NLR* 98 (1976), pp. 3-42.
- (71) F. W. S. Graig (ed), *British Parliamentary Election Results, 1918-1949*, Glasgow 1969, p. 130.
- (72) Keith Hill, «Belgium: Political Change in a Segmented Society» en *Electoral Behaviour: a Comparative Handbook* de Richard Rose, New York 1974, p. 83.
- (73) Vivian Gornick, *The Romance of American Communism*, New York, 1977, p. 3.
- (74) Scymon Chodak (ed) *Systemy Partyjne Wspolczesnego Kapitalizmu*, Warsaw, 1962, p. 39.
- (75) Tingsten. op. cit. pp. 118-9.
- (76) Ensor, *Modern Socialism*, p. 51.
- (77) Ensor, op. cit. p. 345.
- (78) Tingsten, op. cit. pp. 119-20.
- (79) Kautsky, *The class struggle*, p. 93.
- (80) Ensor, op. cit. p. 50.
- (81) Ensor, op. cit. 121.
- (82) Gay, op. cit. p. 258.
- (83) Frietchier, op. cit. p. 163.
- (84) Benjamin Barber.
- (85) Frederick Engels «Socialism: Utopian and Scientific» En L. Feuer (ed) Marx y Engels, *Basic Writings on Politics and Philosophy*, Garden City 1959, pp. 97-8.
- (86) Tingsten, op. cit. p. 239.
- (87) Sir Stafford Crips «Democracy or Dictatorship? —The Issue for the labour party» *Political Quarterly*, 1933, pp. 467-81.
- (88) Tingsten, op. cit. p. 131.
- (89) Charles S. Maier, *Recasting Bourgeois Europe*, Princeton 1975, p. 63; Gwyn William *Proletarian Order: Antonio Gramsci, Factory Councils and the Origins of the Communism in Italy, 1921-27*, London 1975, pp. 121-45; Paulo Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano, I, Da Borgia a Gramsci*, Turin 1967, pp. 50-63; Ernst Wigforss, «Industrial Democracy in Sweden», *International Labour Review*, 1924, pp. 667-79, p. 672.
- (90) Kar Marx, *The class struggles in France, 1848-50*, Moscow 1952, p. 62.
- (91) Tingsten, op. cit. p. 274-5.
- (94) Miliband, op. cit. p. 101.
- (95) Richard Lyman, «The British Labour Party: the Conflict between Socialist Ideals and practical Politics between the wars», *Journal of British Studies*, 5, (1965), pp. 140-52.
- (92) Karl Kirsh, «What is Socialization?» *New German Critique*, 6, (1965) pp. 60-82.
- (96) Richard Lyman, *The first Labour Government 1924*, London 1957, p. 106. Para una exposición similar sobre Brantín, véase de Tingsten op. cit. p. 238.
- (97) Joel Colton, «Leon Blum and the French Socialist as a Government Party» *Journal of Politics*, 15 (1953), pp. 517-43.
- (98) Bergounioux and Manin, op. cit. p. 110.
- (99) Irwin; Wall, «The Resignation of the first Popular Front Government of Leon Blum, june 1937», *French Historical Studies*, 6, (1970), pp. 538-54.
- (100) Karl-Gustaf Landgren, *Den Nya Ekonomin i Sverige* Stokholm 1960; Otto Seteigler, *Studien zur Entstehung der Neuen Wirtschaftstheorie in Schweden: Eine Antikritik*, Berlin 1971; Bo Gustafsson, «A Perennial of Doctrinal History: Jeynes and The Stokholm Scholl» *Economy and History*, 17, (1973), pp. 114-28.

- (101) Gustaw Möller, «The unemployment Policy During Depression and Boom», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 197 (1938), pp. 47-72, 49.
- (102) Ernst Wigforss «The Finalcial Policy during Depression and Boom» *Annals...* 197 (1938), pp. 25-40.
- (103) Asa Briggs «The Welfare State in Historical Perspective», *European Journal of Sociology*, 2, (1961), pp. 221-258.
- (104) John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money* New York 1964, p. 378.
- (105) Leif Lewin «The Debate on Economic Planning in Sweden, en Steven Koblick (ed), *Swden's development from Poverty to Affluence, 1750-1970*. Minneapolis 1975, p. 286.
- (106) Calculado por Korsh en «What is socialization?» en op. cit. p. 65.
- (107) Bergounioux y Manin, op. cit. p. 114.
- (109) Paul A. Samuelson, «The Pure Theory of capital Expenditure» en *The Collected Scientific Papers of Paul A. Samuelson* de Joseph E. Steiglitz (ed) Cambridge. U.S.A., 1966; Richard Musgrave, «Provision for Social Goods in the Market System», *Public Finance*, 26, pp. 304-320.
- (110) Ver concretamente las opiniones de Willy Brandt, Bruno Kreisky y Olof Palme en *La socialdemocracia et l'avenir*, Paris 1976.
- (111) Andrew Martin «Is Democratic Control of Capitalist Economies Possible?» en *Stress and Contradiction in Modern Capitalism*, de Leon N. Blindberg y otros, Lexington 1975, pp. 13-56, p. 28.
- (112) Brandt, Kreisky y Palme, op. cit.
- (113) Timoy A. Titon: «A Swedish Road to Socialism: Ernest Wigforss and the Ideological foundations of Swedish Social Democracy», *American Political Science Review*, 73, (1979), pp. 505-520, p. 516.
- (114) Maier, *Recasting Bourgeois Europe*, p. 194; Tingsten op. cit. p. 230.
- (115) Adam Przeworski «Material Bases of Consent: Economic and Politics in a Hegemonic System», *Political Power and Social Theory, I*, (1979), p. 221-63.
- (116) Serge-Christof Kolhn, *La transition socialiste*, Paris 1977.
- (117) Michel Kalecki, «The lesson of the Blum Experiment», *Economic Journal*, 48 (1938), pp. 26-41.
- (118) Stefan De Vylder, *Allende's Chile: the Political Economy of the Rise and Fall of the Unidad Popular*, Canbridge (1976), p. 53.
- (119) Etienne Weil-Raynall, «Les obstacles economiques a l'experience Blum», *La Revue Socialiste*, 98 (1956).
- (120) Parti Communiste Français, Parti Socialiste Français, Mouvement des Radicaux de Gauche, *Programme Commun du Gouvernement*, Paris, 1972.
- (121) Brandt, Kreiski and Palme. *La socialdemocratie et l'avenir*, p. 120.

INDICE

Alianzas interclasistas y reformismo	Pág. 6
La decisión de participar	6
Tácticas legales y extraparlamentarias	8
Democracia burguesa o democracia social	9
La participación de los socialistas en el poder político	11
La socialdemocracia y la clase obrera	12
El dilema del electoralismo proletario	15
Disolviendo el llamamiento de clase	18
Reforma y revolución	21
La beneficencia desplaza a la socialización	23
La teorización del proyecto socialista	24
El abandono del reformismo	28
Las bases económicas del compromiso de clase	30
Crisis y el gobierno de los obreros	31
Notas	34